

TEMAS SEXUALES

A. MARTIN DE LUCENAY

homosexualidad

1'25 PTS.

HOMOSEXUALIDAD

TEMAS SEXUALES

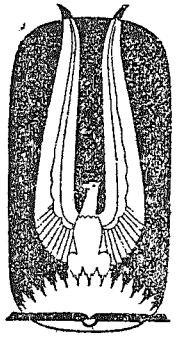
BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

31

A. MARTIN DE LUCENAY

HOMOSEXUALIDAD

Raíces biológicas de la homosexualidad.—La homosexualidad en el hombre.—La homosexualidad en la mujer.—Variedades de la homosexualidad.—Los sentidos y sus perversiones.—El falso homosexualismo



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
SEPTIEMBRE 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

Desde el punto de vista de la psicología y de la sociología sexual, la cuestión del homosexualismo es el aspecto más importante, el que en el ánimo popular anula, casi, las demás desviaciones y perversiones del impulso, y el que en todo tiempo preocupó más seriamente a la Humanidad.

En todo tiempo existieron homosexuales: la Biblia nos habla de Sodoma y Gomorra, cuyos vicios suscitaron la iracundia de Jehovah, que arrasó aquellas ciudades con la intención de extirpar unos males que después se extendieron por todo el mundo. Ahora bien, si hemos de hacer caso a los etnólogos y antropólogos, bastante más verídicos en sus narraciones que los redactores de las Escrituras, resulta que la homosexualidad la practicaron los hombres primitivos como una consecuencia natural de la falta de mujeres y de los impulsos del instinto más irreprimible.

Los aspectos de esta desviación sexual, bien por causas naturales o bien en virtud de las deformaciones introducidas por la civilización, son abundantísimos, aunque, ciertamente, hasta hace muy pocos años —ni siquiera un siglo—la ciencia no se ocupó seriamente de la investigación de este fenómeno. Si hacemos una división convencional de la vida de la Humanidad estableciendo tres épocas vemos que desde la aparición del primer hombre sobre la tierra hasta los comienzos del cristianismo la homosexualidad no tuvo ninguna importancia para los físicos y moralistas. Del cristianismo hasta el siglo pasado, como el sexo se condenaba en todas sus manifestaciones, la homosexualidad mereció los castigos más severos, de donde se infiere que sólo interesó como un pecado mortal que había que eliminar sea como fuere, y de entonces a nuestros días ha sido cuando realmente ha ocupado la atención de los hombres de ciencia, moralistas, sociólogos y literatos, pero no como un síntoma degenerativo de la raza como sostienen algunos —más hombres que científicos—, sino como un fenómeno que no deja

RAICES BIOLOGICAS DE LA HOMOSEXUALIDAD

Los fenómenos de la vida embrionaria.—La teoría de la herencia.—Característica fundamental de la homosexualidad.—Influencia del hermafroditismo.—Teoría de la formación de la mujer.—Estados intersexuales.—¿Dónde está la anormalidad? El ambiente.—El desarrollo infantil.—Homosexualidad en la infancia.—Expresiones más frecuentes.—La homosexualidad en los colegios.—La teoría de los endocrinólogos.—El origen es desconocido

Hasta el tercer mes de la vida embrionaria, esto es, dentro del seno materno, el sér humano carece de diferenciación en sus órganos sexuales. Si se examina con detenimiento un feto en estas condiciones, las glándulas esenciales lo mismo pueden ser testículos que ovarios, y en cuanto a los órganos de la copulación igual puede decirse que se trata de un pene que del clítoris, de los grandes labios o del escroto, etcétera. Es más: aun en el adulto existen órganos más o menos rudimentarios comunes a los dos sexos. Ya hemos visto en uno de los primeros volúmenes cómo se operan las distintas fases de la metamorfosis embrionaria, por lo que no hemos de insistir sobre este aspecto puramente fisiológico. No obstante, como veremos luego, ciertas características del desarrollo de los órganos pueden servir de base a la homosexualidad, cuyo ejemplo más típico es el hermafroditismo aparente.

Muchos autores admiten en todo su valor las teorías de la herencia de los defectos físicos y psíquicos, para justificar la base biológica de la homosexualidad en casos infinitos. Conforme a estos conceptos, las energías heredadas pueden conservar toda su fuerza primitiva y sus distintas cualidades repartidas en las células lo mismo que si fuesen la esencia de la actividad físico y psicosexual del individuo.

Ahora bien, todas estas opiniones son muy discutibles, puesto que investigando numerosos casos de homosexualidad congénita, se ha

comprobado que el individuo no tuvo ascendientes anormales desde el punto de vista físico.

Más aceptable parece la teoría de la herencia de las intoxicaciones y las infecciones, especialmente del alcoholismo y la sífilis, y, sobre todo, de los caracteres psíquicos; pero si se profundiza un tanto en estas investigaciones, inmediatamente nos sentimos transportados a la conclusión de que el homosexualismo es un verdadero enigma lo mismo en sus orígenes que en su desarrollo.

No cabe duda que la herencia desempeña un rol importantísimo en la producción de este fenómeno, pero no la herencia homosexual, sino la del morbo producido por esas intoxicaciones—alcoholismo, sífilis—que lo mismo produce descendientes neurópatas que homosexuales. Muchos hombres homosexuales que han realizado el acto carnal "por casualidad", llegaron a engendrar hijos completamente normales sin la menor tara. Por eso, cuando nos encontramos con casos de esta naturaleza, ¿qué es lo que en verdad puede decirse de la transmisibilidad por herencia de la inversión sexual?

A pesar de todo, tratadistas muy documentados han afirmado que en el fenómeno de la inversión hay que tener en cuenta los antecedentes familiares, que algunas veces arrojan la existencia de algún invertido en los ascendientes más o menos remotos. De esta opinión so nEllis, Kraff-Ebing, Rover, Moll, Caufeynon, Cattier y Hesnard, aunque desde luego no se resuelven de una manera decidida a concretar con pruebas sus afirmaciones.

Magnus Hirschfeld, que es la máxima autoridad en esta materia, dijo hace ya muchos años—sin que hasta ahora haya sido posible demostrar lo contrario—que lo menos un setenta y cinco por ciento de los homosexuales descienden de matrimonios muy felices y fecundos en hijos, y que "las anomalías psíquicas o nerviosas, el alcoholismo, el parentesco directo y la sífilis en sus ascendientes no son más frecuentes que entre los antepasados de personas completamente normales sexualmente". En sus investigaciones encontró una proporción relativamente escasa de cargas hereditarias en las que se advertían síntomas de degeneración. Otros autores han considerado la inversión como un estigma degenerativo; pero tampoco sus teorías resisten a un análisis detallado, puesto que se observan verdaderos degenerados —idiotas, cretinos, etcétera—que no son invertidos, y, lejos de eso, son capaces de desplegar una actividad erótica normal que llega a los extremos más exagerados. Muchos degenerados de este tipo *parecen* homosexuales, pero esto es porque se suele juzgar muy a la ligera la expresión de ciertos aspectos de su vida sexual. Un idiota hijo de

alcohólicos en el que podían advertirse todos los elementos antropomórficos de la degeneración, tenía el sentido sexual perfectamente orientado y desarrollado, hasta el punto de que cuando él tomaba la iniciativa, todo el proceso de la tumescencia y la detumescencia tenía lugar dentro de las normas que forzosamente hemos de considerar naturales. En cambio, se prestaba a servir de objeto pasivo de varios homosexuales verdaderos invertidos o solamente pervertidos, pero no porque en ello encontrase el idiota ningún placer, sino porque su débil voluntad no oponía la menor resistencia a las solicitaciones de sus amigos.

En infinitos casos de alcohólicos, que a la vez son heredoalcohólicos, la inversión del impulso sexual no se manifiesta en el menor síntoma, ni aun en los estados más propicios del ataque de alcoholismo. Me refieren un caso de esta naturaleza. Un individuo de treinta años, bien educado y de buena familia, cuyo abuelo materno murió de un ataque de alcoholismo agudo después de haber sido alcohólico desde los dieciocho años, no sólo heredó los estigmas alcohólicos, sino que desde muy joven empezó a beber de una manera desordenada.

Durante los accesos blasfemaba mezclando las palabras más obscenas, pero tranquilo, sin exaltarse; parecía que se hallaba completamente sereno. En estas condiciones es cuando gustaba de dirigirse a cierta casa de prostitución donde tenía una amiga de la que se sabía que estaba en relaciones homosexuales con otra compañera del burdel. En efecto, un día logró llegar a la habitación y se encontró a las dos mujeres en la más completa intimidad, lo que exasperó tanto al borracho que propinó a ambas una monumental paliza que terminó en un juicio por lesiones graves. En el acto de la vista el presidente tuvo que llamar la atención al procesado, quien completamente sereno, aunque estaba en libertad bajo fianza, con lo que quiero decir que no le faltó ocasión para haberse embriagado, encarándose con la Mesa dijo:

—Yo estaba enamorado de aquella mujer, y para justificar mi conducta, sólo suplico a mi acusador que se ponga un momento en mi lugar si hubiera sorprendido a su esposa en una situación semejante. Comprendo que ésto solo puede consentirse por un hombre cuando se le reconocen las mismas aficiones.

La vista de esta causa se celebró a puerta cerrada, no obstante lo cual se hicieron los más alegres comentarios, porque el alcohólico conocía ciertos detalles de la vida íntima de su acusador.

Se ha sostenido por muchos autores la teoría de que todos los degenerados de cualquier especie derivan hacia la homosexualidad y

que todos los homosexuales acompañan a esta inclinación signos evidentes de degeneración; modernamente se han rechazado esas opiniones, empleándose la palabra "degenerado" con mucha más cautela que en otros tiempos.

La característica fundamental de la homosexualidad verdadera, es su temprana y espontánea presentación, lo que sólo puede atribuirse a una predisposición natural. Otros autores insisten en afirmar que la inversión sexual es un fenómeno de carácter congénito, o, por mejor decir, basado en determinadas condiciones congénitas. Los investigadores que más se destacaron fueron los alemanes Krafft-Ebing y Moll y el francés Féré, y, modernamente, Freud, Marañón, Hesnard y otros. Los que hablaron de la inversión adquirida no encuentran en estos tiempos partidarios decididos de su teoría, a no ser que fijemos la atención en las emociones que puede experimentar el niño antes de la edad de su diferenciación sexual-impulsiva.

En esta época en que el impulso sexual no está definido la sugestión más o menos directa puede desempeñar un importantísimo papel en la producción del fenómeno; no obstante, un tratadista dice que "la misma semilla de sugestión se siembra en diversos terrenos; en muchos, perece, en algunos pocos florece: la causa debe ser únicamente una diferencia en el terreno".

Ellis acude a la embriología para dar una explicación elemental de los hechos, teoría que no es suya, sino que viene de muy antiguo, contenida en la simple expresión de que se trata de "hombres con alma de mujer o de mujeres con alma de hombre". Dicho autor aclara esta teoría fijándola sobre bases psíco-fisiológicas, y trata de penetrar en la naturaleza de la anormalidad teniendo en cuenta el desenvolvimiento de los sexos y la bisexualidad orgánica latente en cada uno de ellos. "En las primeras fases—dice—los seres no están diferenciados, y los restos de esta comunidad se perpetúan durante toda la vida. La gallina conserva un espolón rudimentario que puede ser tan formidable como el de su señor el gallo, y algunas veces imita su canto o se viste de sus plumas. En los mamíferos, el macho posee inútiles pezones que a veces se desenvuelven en mamas (1), y la hembra tiene un clítoris que es meramente un pene rudimentario, el cual puede también desarrollarse."

(1) Hay numerosos casos de *ginecomastia,* o sea el desarrollo de los pechos masculinos que adquieren la misma forma que los de una mujer, hasta el punto de hincharse y enrojecerse el pezón en los momentos de excitación sexual. Por otra parte, se han conocido casos de hombres que han amamantado a niños, según refieren algunos viajeros que observaron tan extraño fenómeno en algunas regiones de Africa.

En el volumen XV hemos estudiado el hermafroditismo "real" o fisiológico en la medida en que puede ser admitida su existencia. No obstante, hay quienes afirman que los antepasados del hombre fueron hermafroditas auténticos, esto es, capaces de auto-reproducirse, por tener organos masculinos y femeninos completos y de función normal completamente (?), en lo que cabe basar las razones de la inversión sexual.

No son menos los que pretenden demostrar la causa de esa desviación del impulso en el mito bíblico de que Eva fué construída con una costilla de Adán. Por esta razón, en todos los seres humanos se dice que han de persistir rudimentos de su primitiva condición hermafrodítica; Weininger sostiene que no existe ningún individuo absolutamente masculino o femenino, y que en todo hombre hay algo de mujer y en toda mujer algo de hombre, y que entre las dos formas de transición existen seres sexualmente intermedios.

Esta teoría sostiene que puede haber partes de hombre y partes de mujer en un individuo, determinando el predominio de las partes masculinas o femeninas el sexo a que pertenece.

Antes que dicho tratadista también se dijo, como Heinse, por ejemplo, lo siguiente: "Es preciso admitir en la Naturaleza elementos masculinos y femeninos. El hombre perfecto es el que sólo está constituído por elementos masculinos, y la mujer más perfecta, quizá aquella que tiene solamente los elementos femeninos precisos para poder continuar siendo mujer, así como el hombre peor es el que sólo tiene los elementos masculinos necesarios para poder llamarse hombre."

Darwin y otros naturalistas consideran que indudablemente existen caracteres opuestos sexuales en todo embrión sexualmente diferenciado, independientemente del género de los órganos. Esto es lo que podemos denominar "hermafroditismo psíquico" o también bisexualidad moral, es decir, los *estados intersexuales* de Marañón, todo lo cual constituye la clave de la homosexualidad en individuos de uno y otro sexo cuyas características sexuales orgánicas, es decir, puramente físicas, se encuentran perfectamente diferenciadas.

El hermafroditismo psicosexual es una cosa y la inversión es otra. En el primer caso, según las teorías expuestas, se trata de individuos que lo mismo se sienten inclinados hacia las personas de su sexo que a las del sexo contrario; esto es, que tienen tantas partes psíquicas de varones como de hembras, no importando para nada que sus blándulas fundamentales sean testículos u ovarios. En la inver-

sión, también ateniéndonos a esas explicaciones, predominan los caracteres psíquicos del sexo contrario.

Hay otra teoría, la de Kiernan, que se basa en la formación embrionaria del sujeto, cuando dice que la originalidad bisexual de la raza demostrada por los órganos femeninos rudimentarios del hombre, no puede menos de ocasionar reversiones funcionales y aun orgánicas, cuando las manifestaciones físicas o psíquicas son influenciadas por enfermedad o por defecto congénito. "Parece imposible—dice—que un cerebro cuyo funcionamiento es femenino pueda ocupar un cuerpo masculino y viceversa. Los varones pueden nacer con órganos genitales femeninos y viceversa. Los animales inferiores son bisexuales, y los varios tipos de hermafroditismo son reversiones más o menos completas al tipo ancestral. Es natural que, a veces, se desenvuelve solamente el cerebro de funcionamiento femenino." De la misma opinión son otros autores, entre ellos el célebre Dr. Letamendi, decano que fué de la Facultad de Medicina de Madrid.

La gran dificultad existente para que estas teorías puedan erigirse en inamovibles está en la imposibilidad de la demostración de los hechos. La explicación del origen embriológico no se basa en razones palpables, sino que a lo sumo puede admitirse como una teoría posible que no acaba de poner a la luz clara tan complicadísimo fenómeno.

Ellis compara al invertido congénito con el idiota congénito, con el criminal instintivo y con el hombre de genio; pero no en todos los casos puede decirse por qué se nace con esas disposiciones que, si a esto vamos, no pueden considerarse normales; ni el invertido, ni el criminal ni el sabio, son individuos normales, según esa definición. Claro es que dentro del concepto cabe diferenciar perfectamente cuáles son las "anormalidades" que son útiles a la biología, a la sociedad o a la civilización. Si la distracción y hasta la pérdida de la memoria son cualidades del sabio no es posible decir que la pérdida del sentido sexual sea una cualidad equivalente, como tampoco lo es la del sentido moral del asesino o el ladrón. Pero ¿y si se nace sin esos sentidos? Entonces no cabe duda que la perversión sexual debe considerarse como una anormalidad congénita que por ser congénita puede ser natural, tanto como lo sea la predisposición del asesino para el crimen o la del sabio para la realización de cualquier invento. Oscar Wilde, Landrú y Edisson eran tres anormales, porque el primero fué un invertido, el segundo un asesino y el tercero un inventor; los tres se salían de lo vulgar, de la enorme masa de heterosexuales, hombres de bien y burócratas mediocres.

Esos elementos masculinos y femeninos que constantemente luchan

en el impulso sexual del individuo pugnando por dominar el uno al otro pero sin que la victoria se incline de ninguna parte, como ya hemos dicho, son el estado intersexual. Ahora bien, cuando a esas energías internas que se empeñan en tan tremenda lucha se unen las que en uno u otro sentido puede prestarles el ambiente, entonces es cuando el impulso sexual se diferencia y se orienta por aquel derrotero en que fué iniciado.

Cuando en el individuo existe una predisposición congénita para la inversión sin que se adviertan antecedentes hereditarios también actuarán esas energías externas, pero no como estímulo de la inversión, sino más bien el sentido de freno, de francas y positivas fuerzas aliadas que parecen contener los impulsos que en forma latente existen en el sujeto. Hasta qué punto puede ser eficaz esta lucha de las anormalidades congénitas con los agentes represores externos, es un enunciado que está sometido a múltiples circunstancias que dependen del ambiente, del sentido moral, de la cultura, de la tradición y hasta del carácter. El afán de imitación influye muy poderosamente en la adopción de los métodos anormales para calmar el deseo erótico; pero no cabe duda que cuanto más fuerte sea ese elemento primitivo u original de la inversión, tanto más fácil será "la caída".

Puede decirse, sin miedo al error, que el ambiente es lo que más influye en la orientación sexual del individuo, no para anular la inclinación pervertida, sino para retrasar sus manifestaciones, que más pronto o más tarde acaban por evidenciarse en formas distintas. Al principio, cuando el niño o la niña son capaces de coordinar sus sentimientos, se sentirán inclinados hacia individuos de su mismo sexo. En sus juegos, en cambio, preferirán aquellos del sexo opuesto: una niña muestra verdadera afición a los juguetes de su hermanito, le imitará en sus actitudes, en sus gestos, en sus aficiones demostradoras de una incipiente orientación viril. Un niño jugará con las muñecas de su hermanita, gustará de adornarse y de imitar en todo a las niñas de su misma edad, etc. Estas observaciones, no obstante, no siempre conducen al investigador a emitir un juicio inapelable en cuanto a lo que ha de ser el porvenir sexual de la criatura, ya que en estas edades el instinto sexual está casi indefinido; pero es lo cierto que constituyen un punto de partida que no debe desatenderse.

Cuando la energía sexual se desarrolla en edades infantiles, entre los cinco y los ocho años, por ejemplo, lo más frecuente es que esa energía resulte extremadamente débil, en cuyo caso no cabe duda que el individuo está fatalmente expuesto a la homosexualidad. Esa debilidad sexual lleva consigo una falta de carácter frente al sexo opuesto,

hecho que se observa más frecuentemente en el hombre que en la mujer, lo que se explica por la razón de esas diferencias existentes entre los dos sexos, ya que el papel del macho es activo y pasivo el de la hembra. Los jóvenes que sienten ese *horror femmae*, como decían los latinos, empiezan por la masturbación recíproca, estrechan su amistad poco menos que hasta el sacrificio, y terminan besándose y amándose sin otras complicaciones. En tal estado permanecen meses y hasta años, llegando un día al desbordamiento de su pasión, que no se satisface con los besos, las atenciones y las caricias, sino que requiere algo más: el abrazo intercrural, esto es, un remedio del coito normal efectuado con una mujer, pero sin llegar a la pederastia. Muchos invertidos se conforman con esta clase de abrazos, porque no necesitan otros; pero otra gran proporción termina por adoptar el método de Sodoma como condensación de todas las energías del impulso anómalo.

El desarrollo de la inversión se inicia, por lo tanto, con extraordinaria precocidad. Durante los años primeros de la indiferenciación que caracteriza a la infancia y que precede o acompaña al despertar de la sexualidad, los homosexuales masculinos suelen manifestar una inclinación características lo mismo hacia las mujeres que por las niñas, pero sin sentimientos sexuales hacia ellas. Este amor, que en muchas criaturas llega a convertirse en verdadera pasión, no está caracterizado, repetimos, por una inclinación sexual, sino que más bien se evidencia en un afán decidido por imitar sus gestos y hábitos, o, como si dijéramos, de descubrir detalles y caracteres que puedan asimilarse para la creación de la personalidad psíquica que poseen y que anhelan manifestar.

En estas condiciones transcurren algunos años, diciéndose de estos niños que gustan de "estar pegados a las faldas". Si por casualidad se presenta una ocasión en que poder manifestar la legitimidad física de su sexo, nunca encuentran satisfacciones ni atractivos, y, lejos de esto, empiezan a mostrar repugnancia por las mujeres que antes constituyeron el círculo predilecto de sus inclinaciones. A tal altura no cabe duda que esta aversión está justificada por el despertar del instinto homosexual, bien distinto del afecto que primitivamente constituyó la principal emoción asexual de su existencia indiferenciada. Inmediatamente, el niño homosexual cambia su admiración primitiva a la mujer por una más fuerte inclinación hacia el hombre, especialmente el viril, el fuerte, el de recia traza musculosa; la metamorfosis puede operarse de una manera violenta.

Y esto se explica por la misma ley de selección que preside en el amor heterosexual: el niño, que, como decían los antiguos, tiene un

alma femenina en un cuerpo varonil, se siente fuertemente atraído por los contrastes, cuanto más fuertes mejor. Puede comparársele a la mujer perfectamente femenina, delicada y normal que admira a la fuerza del macho como antítesis vigorosa de su frágil debilidad. Yo conozco el caso de un niño de doce años, inteligentísimo y de gran cultura, a pesar de sus pocos años, que se enamoró de un hombre rudo y de aspecto casi bestial, magnífico ejemplar de macho humano, que trabajaba en las faenas de carga y descarga en un puerto del Norte de Africa.

El chiquillo se hizo amigo de aquel hombre, que jamás pudo sospechar la pasión que había despertado en la criatura, con el pretexto de hacerle unas fotografías un día en que el cargador, desnudo de medio cuerpo para arriba, trabajaba en la carga de un barco de mineral. De cuando en cuando le llevaba tabaco y otros regalos hasta que una vez le ofreció darle cincuenta pesetas si le enseñaba a nadar. El cargador, que ya había simpatizado con el pequeño, le prometió unas lecciones de natación desinteresadamente, y al segundo día, en ocasión en que se bañaban, el muchacho fingió un calambre en una pierna con el fin de que su profesor le trasladase en brazos hasta la playa. Entonces es cuando el cargador, advirtiendo la verdad de todo, puso en antecedentes de lo que ocurría al padre del pequeño, al cual no le cogió de sorpresa nada de lo sucedido. Unos meses después le internaron en un colegio de Argelia, pero al poco tiempo fué restituído a su padre, porque, habiéndose enamorado de un profesor del internado, dió lugar a un escándalo motivado por los celos que tenía de otro compañero de colegio al que el profesor distinguía entre los demás alumnos por su aplicación.

Este caso no es nada extraordinario en este mundo extraño de la homosexualidad infantil. Por lo general se trata siempre de individuos inteligentes y refinados que nacieron con esa predisposición, y muchas veces ignoran su estado verdadero. Se registran casos de homosexuales que en su infancia decidieron probar la sexualidad normal como obedeciendo a esas influencias misteriosas de los débiles grados de su virilidad, pero bien pronto abandonaron sus tentativas en vista de que las emociones experimentadas eran más bien desagradables que atractivas.

Al principio, después de esas tentativas estériles, el niño se da cuenta de que sólo el contacto intencionado o casual con hombres le produce cierta voluptuosidad. El niño invertido no se explica la razón que le impulsa a acercarse al hombre alejándose de la mujer a la que tanto ha amado como amiga. En cambio, muchas veces expe-

rimenta un pudor excesivo delante de los hombres que se traduce en audacia ante las mujeres, a las que considera de su propio sexo, es decir, comportandose con ellas de la misma forma que lo haría un niño completamente normal con sus amigos de la misma edad.

Por lo general huye la sociedad de sus compañeros, le disgustan sus juegos, sus ademanes, y, sobre todo, las conversaciones de amoríos y conquistas y demás precocidades. Le disgusta todo esto sin saber por que, y como quiera que siempre escucha lo mismo, siempre observa los mismos gestos varoniles y los juegos netamente masculinos, termina por aislarse entregandose a urdir quimeras y acariciar ilusiones consistentes en creerse adorado por aquellos amigos a quienes aborrece porque no piensan como él.

No obstante, el mayor placer del niño invertido es presenciar los juegos de las ninas y los deportes de los hombres: los partidos de futbol, los ejercicios atléticos, el boxeo, etc., atraen al niño homosexual, no por el deseo de imitar a los hombres totalmente viriles, sino por el afán morboso de admirar sus caracteres sexuales bien definidos que no envidia, sino que ama. Es tan precoz este impulso que una niña de su edad perfectamente orientada, raramente experimenta emociones iguales ante el mismo espectáculo. Aquí se da el fenómeno extraño de que el impulso sexual del invertido sigue siendo igualmente fuerte que en el hombre bien orientado, a pesar de que la inversión se aproxime exactamente a la psicología femenina en todos los demás aspectos de la sexualidad, ya que en las niñas invertidas es muy raro que el impulso se acuse en edades tan precoces.

La niña homosexual suele advertir sus tendencias hacia los catorce o quince años, poco antes de la pubertad, y en muchos casos con bastante anterioridad. También de una manera instintiva rechazará la sociedad de los individuos de su sexo aceptando la del contrario, donde bien pronto adquiere un verdadero prestigio viril que causa la admiración de los muchachos. Estas niñas se caracterizan por sus actos dominadores, por su afán de mandar y de ser obedecidas, hasta el punto de que muchas veces llegan a la perversidad. Pronto se erigen en protectoras de otras niñas que han de ser bellas, delicadas y débiles, como verdaderos capullos de feminidad. Se complacen en adornarlas, en hacerlas regalos, en llenarlas de atenciones de todo género y en hacérseles poco menos que imprescindibles. Fingen escenas de amor haciéndose pasar por hombres, y así juegan a los noviazgos y a las bodas. La sensualidad de la niña homosexual se revela por la vista y por el tacto, cuyos sentidos la transmiten las primeras

emociones específicas de su tendencia, aunque, ciertamente, sin darse cuenta perfecta de su naturaleza. Es un deseo sensual de acariciar, no sólo a las niñas, sino también a niños pequeños e incluso a los animales.

En los primeros años de la vida de una mujer perfectamente normal durante todo el resto de su existencia los caracteres del hermafroditismo psicosexual se acusan más claramente que en los niños de la misma edad. Raras serán las mujeres que en los recuerdos de su niñez no dejen lugar a las emociones experimentadas al acariciarse y besarse con otras que igualmente alcanzaron más tarde la normalidad sexual. Estas niñas gustan de acostarse juntas, de acariciarse y besarse, de trabar amistades que para un mediano observador pueden parecer demasiado sospechosas; pero, realmente, nunca asocian a esos actos la menor idea sexual, a no ser que, en efecto, predominen los caracteres homosexuales congénitos. En cambio, en los varones, cuando se llega a este grado de intimidad, casi siempre es el deseo sexual la emoción que acompaña a esas caricias.

Ahora bien, es preciso aclarar este concepto para poner las cosas en su lugar. Si el varón suele ser consciente, en mayor o menor medida de la realidad de sus apetitos, la niña también los experimenta, pero de una manera incosciente. Los besos, las caricias y los abrazos provocan en ellas dulces sensaciones voluptuosas que pueden afectar todos los grados de una alegría ingenua, pero ignorando por completo las causas profundas de esos deleites que llegan, muy frecuentemente, al orgasmo, a la sensación definitiva del verdadero amor. El niño que experimenta estas emociones, sabe catalogarlas debidamente; la niña sólo se apercibe de la realidad de esas sensaciones cuando ya no tiene remedio, es decir, que se da cuenta de que viola las leyes de su sexo cuando advierte que el resto de las jóvenes no observan la misma conducta, sino que prefieren a los muchachos para sus intimidades más o menos inocentes.

No obstante, cuando al impulso homosexual normal de la época de la indiferenciación se sobreponen las influencias de la educación o las advertencias oportunas de la madre o de las hermanas mayores, la niña no siente ninguna atracción por los individuos de su sexo, pero no porque, hasta cierto punto, no se sienta inclinada a esos afectos, sino prque siendo más dócil que el niño obedece casi ciegamente a las imposiciones más o menos discretas de sus mayores. Al decir que es "má dócil", podemos decir que, en realidad, su impulso sexual es

menos vigoroso que en el varón, por lo que su psicofisiología puede ser dominada con bastante facilidad.

En los grados menores, por así decir, de la predisposición homosexual de la niña, se observa que las amistades se limitan a pasear juntas, huyendo de las otras amigas y de los muchachos. A veces, cuando se van a separar durante dos horas nada más, las despedidas son tan ardientes como si una de ella fuese a realizar un largo viaje; luego, a la hora de volverse a ver, se repiten estas muestras de exagerado afecto; no obstante, comprendo que para interpretar con justeza estos actos de las mujeres, es preciso ser... mujer. Naturalmente, la opinión y las costumbres permiten a las jóvenes estas manifestaciones de cariño y de ternura que en muchas no pasan de ser un gesto indiferente y maquinal, aunque en otras representan la explosión de sus pasiones inconscientes o inconfesables. En los casos más serios, las dos niñas o jóvenes se portan exactamente igual que una pareja de enamorados de diferente sexo: toda esa serie de caricias íntimas, el afán de soledad en los lugares apartados lejos de las miradas de la gente, las frases inflamadas de ternura, cartas apasionadas rebosantes de un insuperable idealismo... Y a todo esto, es fácil que ninguna de las dos muchachas lleguen a las caricias verdaderamente específicas de la homosexualidad práctica, sino que todo se resuelve en una larga teoría de emociones sentimentales.

Por lo cumún, practican este amor de contactos inocentes hasta bien entrada la pubertad, sin que pueda decirse que lleguen a experimentar la verdadera convulsión nerviosa del orgasmo sexual. Si el amor es puramente del espíritu, "de corazón", como ellas dicen, el elemento carnal específico, es decir, la masturbación recíproca o lingual y el contacto de los órganos sexuales, o sea el *tribadismo*, sólo se presentan en casos de extrema degeneración inicial, o, por mejor decir, cuando el elemento espiritual desaparece absorbido por las excitaciones externas del impulso. Cuando no ocurre así, el verdadero orgasmo no se obtiene más que por medio del coito; y esas sensaciones voluptuosas de la homosexualidad psíquica de la mujer puede compararse con el estado de tumescencia, o sea la primera parte del coito normal. Naturalmente, existe la secreción de las glándulas lubrificantes. Puede decirse que la mujer homosexual en los grados extremos, por lo común, ha pasado antes por las emociones heterosexuales, o sean las relaciones normales.

Existen muy falsas creencias acerca de la homosexualidad infantil, tanto masculina como femenina, y muy especialmente en lo que

respecta a esta última. Se cree, y se ha llegado a escribir por autores mal enterados, que las niñas realizan contactos de imitación de lo normal, es decir, la aposición de órgano contra órgano; pero esto no es así. Por lo general, dos muchachas que se acuestan juntas, que siempre pasean unidas, que se escriben apasionadas cartas y hasta expresan el sentimiento de los celos, rara vez llegan a esos contactos, a no ser que estén iniciadas en ciertas perversiones. Lo instintivo en ellas es, a no dudarlo, la masturbación, a cuyos placeres se entregan recíprocamente. La masturbación es un vicio hasta cierto punto "natural", puesto que el descubrimiento de sus placeres se hace casi siempre de una manera espontánea y maquinal. No sucede lo mismo con el *safismo* (masturbación buco-lingual) o con el *tribadismo* (frotación de los genitales), modalidades que jamás se inician de una manera espontánea, sino que tienen que ser enseñadas. Aun así y todo, no siempre se aceptan estas variaciones perversas; en el primer caso, es la repugnancia física, el sentimiento de asco, la barrera infranqueable que se opone a esas manifestaciones, tanto más acusada cuanto menor es el grado de educación de las niñas, y, en el segundo, la repugnancia es francamente moral, porque en el ánimo de las jóvenes implica un remedo de "deshonra" que resulta incompatible con la moral.

Al hablar de la actitud psicológica de la mujer frente a la masturbación, hemos visto que muy raramente se traducen estos actos en una reacción condenatoria de la conciencia, lo que sólo sucede cuando no hay reciprocidad. Por eso, el mejor sistema para que la reacción no se manifieste es, al decir de las muchachas, la misma igualdad del pecado.

En esta homosexualidad precoz, lo mismo en un sexo que en otro, no hay individuos pasivos: la misma actividad es la causa de las distintas sensaciones. Más adelante, cuando la inclinación pervertida se fija en la sexualidad, es cuando se establece la división de actitudes.

En casos infinitos, una niña siente atracción sexual muy intensa hacia otra niña o por una mujer ya formada, e incluso de edad, sin darse cuenta de la verdadera naturaleza de su inclinación. En estos casos, la joven no tiene inconveniente en expresar su pasión por todos los procedimientos a su alcance, segura de que no hay nada anormal en ese sentimiento. No cabe duda que si es bien cierto que en la mujer existe un grado de homosexualidad atenuada más frecuentemente que en el hombre, tendencia que puede ser favorecida por las condiciones especiales en que se desenvuelve la vida femenina, los ca-

sos de inversión verdadera son más raros en la mujer que en el hombre, lo mismo en la edad impúber que en las sucesivas de la existencia sexual.

En los colegios de internas, especialmente los religiosos, la homosexualidad en todos sus grados—desde la simple amistad apasionada hasta el safismo desenfrenado—no sólo se observa entre las internas, sino que se extiende a las religiosas. No obstante, se dan casos infinitos de educandas que se apasionan por sus profesoras, sin que éstas hayan perdido jamás su línea de conducta ni advertido la adoración de que son objeto.

Un autor escribe a este propósito: "La homosexualidad se manifiesta en las muchachas, lo mismo que en los muchachos, en el colegio, en la época de la evolución de la pubertad. Su origen puede ser periférico o central, si bien ambos elementos pueden estar combinados. En el primer caso, dos niñas que se encuentran juntas en la cama en íntimo contacto excitan más o menos intencionadamente cierta irritación sexual favorecida por besos y contacto mutuo. Esta es una clase de homosexualidad espúrea; es a menudo, la precoz aparición del instinto normal y no se relaciona necesariamente con la verdadera inversión. En las muchachas predispuestas congénitamente, cotinúa y se desarrolla; la mayoría la olvida lo más pronto posible, no sin experimentar cierta vergüenza, en presencia del objeto normal del amor sexual".

Al efecto, refiere la siguiente observación comunicada por una señora que no puede considerarse como invertida: "Como sucede a muchas niñas y jóvenes, una compañera de colegio me enseñó la masturbación y yo se la enseñé a otras amigas, con una de las cuales, y cuando tenía dieciséis años, pasé una noche practicando actos sexuales. Nos sentimos horriblemente avergonzadas y no reincidimos. Cuando no tenía más de ocho años conocí a una muchacha de trece, que le gustaba jugar con mi cuerpo y me enseñó a jugar con el suyo, aun cuando no me agradaba el entretenimiento. Dormíamos juntas, y estas relaciones continuaron, con intervalos, durante seis meses. Estas cosas, realizadas como mera diversión, sin mezcla alguna pasional, son frecuentes en las niñas, pero no tanto como la gente se imagina. Puedo recordar sin dificultad el número de veces que tales cosas me ocurrieron.

En el caso que he mencionado referente a la única noche en que sentí (o traté de excitarme y excitar a mi compañera de dieciséis años) el impulso sexual apasionado, había ya dormido con mi compañera cuando niña y habíamos realizado aquellos juegos; al encontrarnos después, recordamos las escenas infantiles y fuimos arrastradas por el impulso sexual. Pero ni mi amiga ni yo sentíamos ningún recíproco afecto peculiar o pasión. Unicamente percibimos que nuestra naturaleza sexual, que era fuerte en aquella época, nos arrastró por sorpresa a cometer actos de los cuales nos sentimos después avergonzadas. Desde aquel día procuramos dormir separadas. Creo que se desenvolvió cierta antipatía entre las dos, y nos repugnaba el recuerdo de aquella noche, al que asociábamos la idea de nuestra mutua degradación".

Cuando las cosas ocurren de esta forma, no cabe duda que la homosexualidad no es la determinante de esos excesos eróticos y que el sentimiento heterosexual se encuentra perfectamente diferenciado. Muchas veces ocurre que las jóvens practican estos juegos durante mucho tiempo, como decimos antes, sin advertir su verdadera naturaleza; ahora bien, cuando llegan a percatarse de su significado, si existe un elemento congénito de homosexualidad, las prácticas continúan con más ardor y a medida del desarrollo del impulso, pero si la predisposición no es congénita, entonces surge la reacción de conciencia que da lugar al nacimiento de un odio recíproco mezcla de repugnancia moral y física.

Hasta aquí hemos pretendido hablar de los orígenes de la homosexualidad, y, a decir verdad, todo lo dicho se refiere al desarrollo de la inversión congénita analizada desde diversos puntos de vista, pero no a su patogenia auténtica. Invocar razones embriológicas no nos conduce a una conclusión práctica, porque, según esa teoría, todos los humanos seríamos psicohermafroditas. Los defensores del homosexualismo sostienen que esto es un hecho natural ateniéndose a esas doctrinas de consistencia demasiado débil para cimentar en sus bases una afirmación irrebatible.

En virtud de una complicada serie de teorías más o menos científicas, también más o menos basadas en hechos naturales de indiscutible valor, se ha llegado al extremo de afirmar que la homosexualidad es la forma de satisfacción psicosexual más legítima, puesto que da lugar al desarrollo de unos sentimientos mucho más elevados y estéticos que los que se contienen en las expresiones heterosexuales. En síntesis, esta afirmación es disparatada y antibiológica, porque equivale a la intención de aislar en absoluto el instinto de reproducción del impulso sexual, factores que unidos forman el todo de la armonía más completa del amor humano.

La verdad es, dígase cuanto se quiera, que ninguna de las teorías aportadas a este gran enigma—el más profundo de todos los que ro-

dean al amplio problema sexual de incompresiones y de misterios—ha sido suficiente para dar la clave exacta de solución. La más célebre, acaso por ser la más moderna, es la *teoría endocrina,* sostenida, entre otros sabios, por nuestro profesor Marañón.

La moderna Biología ha puesto al descubierto infinitos misterios que permanecieron ocultos para la ciencia civilizada. Ahora bien, en lo que a la homosexualidad se refiere, decir que obedece a la influncia de ciertos elementos químicos que actúan sobre las *gonadas* y otras glándulas semejantes; que estas glándulas son antagónicas por lo que dan lugar a una forma psíquica del hermafroditismo, o, como dice un sabio francés, que la inversión "no es más que una simple modalidad de un fenómeno biológico general, la *androginación,* es decir, la pérdida o la simple disminución de los caracteres sexuales en la especie de los caracteres terciarios", no son conclusiones que acaben de llevarnos al terreno llano de la fácil comprensión. Ni caracteres secundarios, ni terciarios, ni cuaternarios, ni *hormonas,* ni gonadas, ni nada de complicaciones en la bárbara jerigonza de la ciencia han acabado de demostrarnos cuáles son los verdaderos orígenes de la homosexualidad, ni tampoco nos dicen hasta qué punto puede ser normal o anormal. Lo cierto es que en el aspecto de los fenómenos psíquicos, no sabemos nada: no se sabe nada.

El Dr. Hesnard, que aun mostrándose partidario de la escuela freudiana—cuyas teorías acerca de la homosexualidad son tan vulgares como complicadas—se nos presenta en un plan ecléctico bastante "razonable", dice que, en resumen, ni la clínica ni la experiencia han sido capaces de demostrar que el origen de la homosexualidad esté en una simple perturbación endocrina. El mismo Marañón, pese a sus teorías de la intersexualidad, afirma que la base de la homosexualidad es mucho más intensa que las perturbaciones anatómicas. Y esto no es sólo en lo que se refiere a las glándulas internas, sino que también es necesario afirmar que afecta a la morfología del sujeto y hasta de sus órganos sexuales: hay hombres que parecen mujeres por sus formas, y son completamente viriles, mientras que muchos individuos de apariencia perfectamente viril no pueden lograr la más mínima erección por más esfuerzos que la mujer más sugestiva realice con ese fin.

La verdadera homosexualidad, al decir de Bloch, tiene, como la verdadera heterosexualidad, "los caracteres de un instinto surgido de la propia personalidad, instinto que desde la cuna hasta el sepulcro demuestra eficazmente la *continuidad del individuo*" en esta determinada dirección sexual, por lo que puede afirmarse que no existe

ninguna homosexualidad limitada solamente a una determinada edad de la vida, por ejemplo, a la niñez o a la adolescencia, a la edad del completo desarrollo o a la ancianidad". Esto es innegable, a no ser en determinadas excepciones de la regla y cuando se trata de la homosexualidad adquirida, de la desviación viciosa o de la falsa homosexualidad, en suma. Ahora bien, hay que tener en cuenta el medio ambiente, que cuando resulte negativo para el progreso de la inversión y, además, se aportan circunstancias inteligentes de represión de ese trastorno de la sexualidad normal, es posible lograr que el individuo adopte los métodos heterosexuales de satisfacción e incluso convertirle en un apasionado de la mujer en todos los aspectos del amor.

Claro es que para sostener esta afirmación es preciso que la voluntad del individuo esté educada en grado superlativo, en la misma forma que la educan el asceta, el místico o el fakir. De otra manera no habrá nadie capaz de asegurar que la homosexualidad puede ser sustituída por el sentimiento recto de la biología.

LA HOMOSEXUALIDAD EN EL HOMBRE

Los signos exteriores de la homosexualidad.—Contrastes notables.—Imposibilidad del diagnóstico.—Características de los afeminados.—Infantilismo genital.—Inversión por la castración.—Uranistas viriles y afeminados.—Son más inteligentes que los normales.—Psicología de la homosexualidad.—Su actitud frente a la mujer.—Los efebos.—Métodos de satisfación.—Moral del invertido.—Disculpa de la homosexualidad

Una creencia errónea muy extendida entre el vulgo consiste en suponer que en todos los casos la homosexualidad masculina se advierte por signos externos en los que se pretende ver la denuncia más clara de las inclinaciones sexuales del individuo. Otro tanto se piensa de la mujer de aspecto viriloide, lo que si realmente tampoco siempre es exacto, puede admitirse con más probabilidades de que, en fecto, sea la regla general.

No es cierto que las cosas ocurran de esta forma en todos los casos, y, en los tiempos presentes, en que la vida se traduce en una lucha constante de actividades psíquicas y musculares, es más difícil cada vez precisar quiénes son homosexuales a juzgar por sus rasgos y ademanes. La moderna homosexualidad ha llegado a hacerse compatible con los deportes y profesiones más viriles y que requieren la máxima masculinidad. Hay boxeadores, toreros, futbolistas, directores de multitudes y hasta cargadores de muelle que son homosexuales: el tipo afeminado de que nos hablan los literatos picarescos de otras épocas, está llamado a desaparece; apenas si quedan unos cuantos "exquisitos" que se depilan las cejas, se "hacen" las manos y se desmayan con el aroma de una flor. El homosexual de hoy ha logrado disfrazar tanto sus inclinaciones, que cada día resulta más difícil al observador distinguirlos entre la masa general. El tipo de homosexual de "alma de mujer en cuerpo de hombre" ha quedado relegado a los más vulgares, a los que se complacen en imitar los

gestos, la voz, los ademanes y hasta las vestimentas femeninas, y que tanto abundan, por ejemplo, en el tenebroso y sucio Barrio Chino del quinto distrito barcelonés y en algunas ciudades de Andalucía.

Las características biológicas aparentes de los homosexuales han sido estudiadas por todos los tratadistas de cincuenta años para acá, pero a medida que pasa el tiempo, de las observaciones se advierte que las definiciones no concuerdan demasiado: esta es una prueba concluyente de que el aspecto externo de la homosexualidad se ha metamorfoseado hasta el extremo de tomar apariencias absolutamente viriles. Si antes le era fácil al clínico señalar a un invertido, hoy resulta esto mucho más difícil de lo que parece, a no ser que se le observe con la máxima atención.

Sólo en la época de la pubertad, cuando la espontaneidad de los sentimientos no ha sido reprimida por el ambiente, no es nada difícil, ni ahora ni nunca, hacer el diagnóstico de la homosexualidad en el hombre, cosa que nunca es tan fácil con referencia a la mujer. Un autor decía hace nada más que veinticinco años que la pubertad es el período más importante de la vida en lo referente a la "fijación definitiva" de la homosexualidad por signos "físicos y morales". En cuanto a los primeros signos, no cabe duda que ese diagnóstico rara vez falla; pero en la parte moral hay que convenir en que puede ser disfrazada convenientemente, de forma que las tendencias permanezcan en el secreto más impenetrable durante un tiempo indeterminado. En resumen, que si estuviese de moda vivir desnudos, la homosexualidad del adolescente se descubriría—hasta cierto punto—mejor por los signos físicos que por las expresiones morales.

Cuando Magnus Hirschfeld escribió *El uranista,* uno de los libros "clásicos" en clínica acerca de la inversión sexual, no se ocupó más que de los tipos en los que la inversión iba acompañada de caracteres completamente femeninos, hasta el punto de querer demostrar que no eran más que mujeres con vestidos de hombre. Ignoramos, naturalmente, cuáles serían los materiales elegidos por el eminente doctor para realizar sus estudios, cuando dice que "entre 1.500 hombres homosexuales no he encontrado ni uno solo al que no haya podido distinguir física o moralmente del hombre verdadero, y por eso sólo creeré en su existencia cuando lo haya conocido personalmente". Es verdaderamente extraño que el referido sabio llegue a tan peregrina conclusión; si eran todos los que estaban, no estaban todos los que eran...

Esta misma opinión fué compartida por Iwan Bloch, cuando dice: "En algunos homosexuales que parecían muy viriles, ha bastado solamente afeitarles la barba, si la gastaban, para que su fisonomía adquiriera caracteres perfectamente femeninos". Una prueba de que las cosas han cambiado, la tenemos en el hecho de que los homosexuales usaban barba, algo completamente anacrónico en estos tiempos en que ni los héroes de las novelas se dejan esos apéndices antihigiénicos y estrafalarios. Por otra parte, no cabe duda que la psicología del homosexual ha variado bastante, porque si sabemos que los pelos de la cara son incompatibles con la apariencia femenina, no podemos creer que los homosexuales de hace medio siglo quisieran pasar por émulos del sexo débil con cara de coronel del ejército carlista, según nos los pintan sus biógrafos.

Estos tipos se han encontrado en las trincheras durante la Gran Guerra; pero hay que tener en cuenta que la vida de campaña no permite ciertos lujos en el aseo personal. Y lo mismo Magnus Hirschfeld que Iwan Bloch, ambos alemanes, no ignorarán que fué precisamente entre sus compatriotas combatientes donde más se advirtió este desprecio de unos hombres muy hombres, no sólo a la vida, sino también hacia la propia dignidad del sexo. Ahora, en ciertos clubs de Berlín, donde también se reúnen oficiales, el bigote y la barba han desaparecido para dar paso a la acción feminizante de los depilatorios...

No obstante, no es tan fácil creer que de medio siglo a esta parte las características de los homosexuales hayan variado tanto, a no ser que concurriesen otros signos de degeneración, bien congénitos o bien adquiridos. Uno de los autores citados dice que más importantes son las características directas que permiten afirmar la preponderancia del tipo femenino, "entre las que pueden citarse el exceso de grasa que redondea los contornos y la consiguiente musculatura, menos desarrollada y fuerte que la de los hombres heterosexuales; el cutis es más fino y suave y la tez mucho más limpia que en éstos. Y agrega: Cuando asistí a un baile de uranistas, me llamó extraordinariamente la atención el ver en aquellos hombres, que lucían descotes como los de las mujeres, la blancura deslumbradora del cutis en los hombros la nuca y las espaldas, aun en aqeullos que no iban empolvados, y la carencia de granillos o acné, tan frecuentes en los hombres normales. También me fijé en la redondez de la curva de los hombros, igual a la de las mujeres".

Todos esos caracteres del afeminamiento físico evidencian la existencia de determinados síntomas degenerativos, tales como la atrofia testicular o la función anormal de dichas glándulas, e incluso la castración, que ya hemos estudiado en otros volúmenes, sin excluir el

pseudohermafroditismo revelado por el epispadias, el hipospadias, la criptorquidia y otras anomalías testiculares.

En estos casos, la predisposición para la inversión, aunque no tenga una base psíquica, la tiene fisiológica. Por una extraña asociación de sentimientos, el anormal sabe que no es capaz de realizar el amor con arreglo a las leyes naturales, aparte de que en casi todos los casos estudiados se advierte la existencia de cierta indiferencia sexual o frigidez, mejor dicho. Otro tanto ocurre con el infantilismo genital, o sea el escaso desarrollo de los órganos sexuales, lo que crea en la conciencia del individuo un estado de timidez y debilidad que muchas veces, independientemente de otras causas, determina la inclinación a las perversiones. Conozco el caso de un hombre a quien unos moros amputaron el pene por haberse permitido ciertas libertades con una muchacha de la kabila. Hasta entonces el individuo en cuestión dió siempre pruebas de virilidad completa, siendo una demostración de ello el hecho que motivó su infortunio. Tan pronto como salió del hospital, donde jamás llegó a declarar quiénes habían sido los autores de la bárbara mutilación, marchó hacia la kabila con un Lebel y los cartuchos necesarios, y apostándose tras de unas peñas permaneció varias horas esperando el paso de los moros que le habían inutilizado para siempre, a los cuales—fueron cuatro, y uno de ellos hijo de un notable *kaid*—tuvo la habilidad de herir de forma que no pudieran valerse. Un tiro mal calculado acabó con la vida del hijo del kaid; pero los otros tres pagaron con arreglo a la ley del Talión el mal que le habían hecho.

Después de vengarse a sus anchas, logró embarcarse en el puerto de Kenitra en un velero español que hacía rumbo a Canarias, y así escapó a la acción de la justicia, refugiándose en Portugal después de muchas vicisitudes. Una noche fué detenido por la policía de Lisboa en una redada de maleantes, y desde entonces quedó fichado como invertido "pasivo" en los archivos policíacos. Por un amigo conozco la evolución hacia la homosexualidad que se operó en el instinto de aquel hombre, cuya historia sexual, por decirlo así, no podía ser más viril ni estar más llena de episodios en los que puso a prueba su auténtica masculinidad.

Desde luego, era un gran sensual. En principio "explotó el tipo" —fuerte, sano, atlético—por necesidad de dinero y sintiendo verdadera repugnancia por sus amantes activos; pero después, confiesa, descubrió sensaciones que llegaron a hacerle olvidar la escena de su emasculación. Pronto empezó a sentir la necesidad de acicalarse y hasta adquirió, "sin darse cuenta", ademanes y andares de mujer;

llegó hasta el extremo de mantener a un amante a costa de grandes sacrificios, pues su empleo de intérprete en un hotel apenas le daba para atender a sus más perentorias necesidades.

Cuando fué descubierto por la policía llevaba cinco años en esa vida, pero fué imposible descubrir el menor síntoma—a excepción de la falta del miembro viril—por el que pudiera presumirse su anormalidad. Se afeitaba dos veces al día, la voz era normal, abaritonada, y todos los ángulos de su cuerpo tan normales y definidos como en un heterosexual.

En sujetos que fueron castrados, la transformación anatómica suele ser muy notable, pues en seguida desaparecen las vegetaciones pilosas de las extremidades y pecho, crecen más deprisa los cabellos, se hinchan los pechos y se redondean las formas. Los ademanes femeninos no los imitan, sino que no pueden contrarrestarlos con toda la voluntad.

Así, pues, hay que distinguir a los invertidos dividiéndolos en dos grupos que Bloch denominó "uranistas viriles" y "uranistas afeminados", equivalentes al feminismo psíquico y al feminismo corporal, respectivamente. Hesnard dice que la inmensa mayoría de sus clientes son físicamente viriles en cuanto a la talla, la musculatura, la voz, la carnación y el sistema piloso, así como en lo que afecta a la estructura de los órganos genitales. No es posible encontrar el menor detalle morfológico que les diferencie de los individuos más viriles.

No es cierto tampoco que el invertido de este tipo sea débil, cobarde o poco arrojado; se cita el caso de un jefe de cierto ejército, uranista viril, cuya inteligencia y energía eran parejas. Un soldado que sirvió a sus órdenes decía, textualmente: "Era más valiente que maricón, y de esto tenía lo que no serían capaces de reunir los más grandes invertidos del mundo". De esta opinión eran todos los individuos de su unidad, entre los que había mentalidades para todos los gustos.

En los uranistas afeminados se descubren infinitos detalles que les aproximan morfológicamente a la mujer; son las verdaderas "almas de mujer en un cuerpo masculino", los que generalmente suelen luchar sin eficacia contra sus inclinaciones que les hacen despreciables a sus propios ojos. Su feminismo psíquico es el resultado de graves trastornos poliglandulares, hasta el punto de que, como citan varios autores, suelen experimentar una pseudomenstruación con la misma periodicidad que ocurre en la mujer. Un tratadista alemán cita el caso de un homosexual afeminado, que cada veintiocho días sufría dolores de riñones, jaquecas y otros trastornos, aunque sin

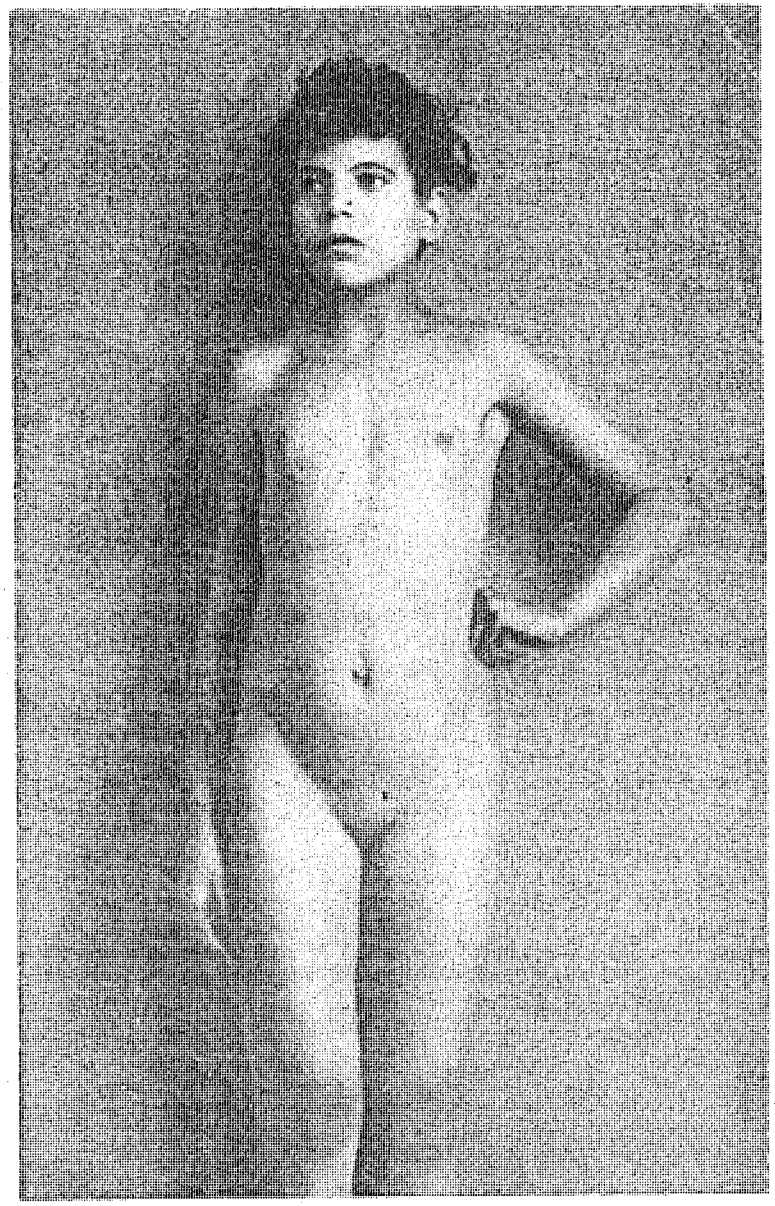
secreción menstrual en estos verdaderos períodos. Otro caso estudiado por un médico portugués sufría hemorragias nasales cada veintiocho días desde la edad de catorce años.

Las formas corporales de estos sujetos se aproximan más a las de la mujer normal y hasta, en muchos casos, se ha podido comprobar que los diámetros pélvicos son exactamente iguales. Los miembros suelen ser más largos y menos musculosos que los del hombre heterosexual, observándose frecuentemente el fenómeno del desarrollo exagerado de los pechos hasta llegar a la ginecomastia. El pene y los testículos son también más pequeños, y estas últimas glándulas presentan muy frecuentemente una blandura característica en virtud de la escasa o nula secreción seminal.

Es muy frecuente, aunque parezca extraño, que estos individuos sean frígidos sexuales; a pesar de sus modales completamente femeninos, no siempre practican la pederastia pasiva, sino que su actitud se encamina a llamar la atención desplegando la misma actividad de coquetería que se observa en la típica coqueta indiferente a las emociones sexuales. Este suele ser un feminismo "de formas", sin ambiciones materiales, siendo muy frecuente la existencia del narcisismo en la forma ya estudiada en el volumen anterior.

Los andares denuncian inmediatamente al homosexual de este tipo: pasos cortos, movimientos rápidos, rotación de nalgas, etc., y, sobre todo, dato muy importante, la acción de las manos durante la conversación: generalmente estiran y encogen los dedos en unas contracciones lentas, uniendo y separando los índices y pulgares. La rotación suave de la mano en un movimiento de abrir y cerrar dicho miembro, es un gesto universal del uranista afeminado, que muy raramente se observa en la mujer.

Las habitaciones íntimas de un homosexual están casi siempre adornadas e instaladas con más belleza y elegancia que el cuarto de una mujer heterosexual: flores, sedas, perfumes, *bibelots*, abanicos, joyas, pájaros... Toda su alma femenina impregna el ambiente de un vaho que fascina al hombre mejor orientado. Un periodista madrileño, "hombre de pelo en pecho", de virilidad perfecta, casado, enamorado de su esposa y de sus hijos y de alguna que otra amiga, esto es, un heterosexual perfecto, me hablaba en cierta ocasión de las emociones que experimentó cuando fué a interviuvar a un homosexual cuyo nombre estuvo muy en boga ya hace años en el mundillo literario. Dicho invertido se presentó a mi amigo con el consiguiente aparato efectista que emplean estos seres cuando sus inclinaciones sexuales corren parejas con la ciencia ética; y es el caso que, según el



INDIFERENCIACIÓN SEXUAL

En la edad prepúber, cuando el cuerpo del niño no ha adquirido aún el desarrollo de las características sexuales, es cuando el individuo tiene mayores encantos para el homosexual.

LAMINA I



MUJER HOMOSEXUAL

Las formas masculinas en un cuerpo de mujer son casi siempre un síntoma de homosexualidad de tipo masculino, cuyo tipo clásico era el de la «virago» romana.

LAMINA II

periodista aseguraba muy formalmente, "a partir de aquel día comprendo que un hombre muy macho pueda llegar a la violación sin importarle el sexo del objeto violado". En la descripción que hizo del *budoir* del invertido se puede advertir la completa sensación de absoluta feminidad que le produjeron el pseudo hombre y el ambiente en que vivía.

Otra consecuencia de los trastornos poliglandulares es la transformación que sufre la voz del uranista femenino, fenómeno que puede advertirse desde la niñez hasta la edad adulta en que el aparato de la fonación sigue conservando sus características pueriles; la laringe ofrece las mismas que la de la mujer y la de los castrados, lo que se advierte en la estructura del tiroides, conocido vulgarmente con el nombre de *nuez* o *bocado de Adán*. La voz de falsete es un signo que raras veces falta en los invertidos pasivos.

Un dato bastante curioso y que se observa con frecuencia en esta clase de homosexuales, es la imposibilidad de silbar y hasta la de escupir, hechos muy comunes en las mujeres.

En cuanto a las cualidades morales del hombre homosexual, puede decirse que éstas están en relación con el grado de civilización del país en que se les estudie, y casi siempre de acuerdo con el carácter de la inversión. Si el invertido es del tipo virili, nunca perderá ciertas características completamente masculinas. Por lo general son los más groseros—incluso en las clases elevadas de la sociedad—, y su erotismo es casi siempre activo y animal sin mezcla de espiritualidad alguna: en esta clase de invertidos es donde se encuentran los sádicos y perversos, que tanto dan que hacer a la policía de costumbres de algunos países.

Ahora bien, el homosexual pasivo, es decir, el femenino, ya ofrece características completamente opuestas: constituyen la verdadera aristocracia de la homosexualidad, aunque no sea siempre la homosexualidad de los aristócratas que se "entienden" con los cocheros, lacayos, mozos de cuadra y jayanes de sus fincas...

En las cualidades del uranista afeminado se encuentra más acentuada la sensibilidad que la voluntad enérgica y la razón calculadora. "En la mayoría de los uranistas, dice Bloch, y propio de ellos, se manifiesta como característico un sentimiento de ternura y acomodación y una flexibilidad de carácter dispuesto a transigir. Esta facultad de acomodación se exterioriza en una extremada bondad que llega hasta el sacrificio, y, sobre todo, en una sorprendente movilidad de la imaginación, que me parece es una de las mayores características del homosexual, que explica su frecuente disposición para

las artes, principalmente para la música, que es la que más responde a su carácter menos marcado y desdibujado, aunque también para la Poesía, el arte escénico, la Pintura y la Plástica". En este punto es necesario admitir todos los razonamientos aducidos por numerosos homosexuales para justificar sus tendencias y hasta comprender lo que decía Goethe en una de sus famosas cartas, afirmando que había visto con sus propios ojos las más bellas manifestaciones de lo que nos han transmitido las tradiciones griegas, puesto que el espíritu representa un papel mucho más importante que el que se atribuye a la sensualidad.

El invertido es siempre un individuo de gran paciencia y de extraordinaria habilidad para la ejecución de trabajos y labores artísticas, tales como miniaturas, filigranas, bordados, etc. En ciertas partes de Asia, los homosexuales afeminados obtienen los mayores salarios en la fabricación de esos objetos artísticos, cuya ejecución manula parece imposible a los europeos.

Todas las ocupaciones intelectuales, sean del género que fueren, son preferidas por los invertidos a los trabajos que impliquen un esfuerzo físico acentuado. En la Literatura se advierte este hecho de una manera innegable leyendo y meditando sobre las concepciones de muchos autores famosos, y otro tanto puede decirse en otras ramas del arte y de la ciencia.

Bloch afirma que los homosexuales de las clases bajas sobrepujan en inteligencia a los hombres de su medio, hecho que ha podido comprobar en sus conversaciones con trabajadores y criados homosexuales. "Lo particular de su predisposición—añade—les ha producido cierta profundidad de pensamiento, enseñando a esos hombres a meditar acerca del mundo y de la existencia. Todo homosexual encierra un filósofo. La mayor parte de los heterosexuales, sobre todo los de las clases inferiores, no se molestan en pensar en sí mismos y en las relaciones que los unen al mundo exterior, como es muy natural entre los invertidos".

Yo me honro con la amistad de algunos homosexuales, de los que puedo decir que, desde el punto de vista de la moral—aparte de sus inclinaciones sexuales—, son perfectos, caritativos, abnegados y dispuestos siempre al sacrificio por aquel a quien realmente pueden dar el calificativo de amigo. Cuando hablo con ellos de sus inclinaciones, hay momentos en los que, sinceramente, vacilo antes de condenarles, lo que sólo hago cuando tratan de demostrarme que la homosexualidad es el estado natural en que debe desenvolverse el verdadero amor de la Humanidad, como es el caso del *Corydon,* de Gide, admirablemente rebatido por Emilio Donato en su librito titulado *Frente a Gide* (Morata, Madrid 1931).

Acerca de la psicología de la homosexualidad masculina, puede decirse que nunca ha sido estudiada con verdadera atención y con el mismo interés que pusieron muchos investigadores para resolver si se trataba o no de una anomalía congénita. No obstante, numerosas biografías de homosexuales revelan la persistencia de una huella profunda ejercida sobre su sensibilidad afectiva y muy especialmente por las influencias emocionales recibidas en la edad infantil.

Hesnard estima de gran interés el análisis de la vida familiar del niño en la que pudo ejercer determinadas influencias anormales la acción de una mujer o de un medio femenino, tratándose frecuentemente de una nodriza, una hermana, la abuela e incluso de una madre homosexual. Cree que en muchos casos el niño se identifica de tal forma con estas mujeres a las que ama, especialmente con la madre, que desearía convertirse a su imagen, sentir como ella, ser de su género y de su sexo. Aclara esta teoría diciendo que este papel de la madre está confirmado por la frecuencia de los antecedentes, por ejemplo, de ser hijo único, gemelo, enfermizo, etc., y, además, cuando la madre es frígida o neuropática y siente repugnancia por el contacto masculino.

Esta teoría es muy discutible. Si bien pueden suceder las cosas de esa manera en casos en los que el niño viva recluído y alejado de la sociedad de otros pequeños, cuando no existe una predisposición congénita no es posible asegurar que la psicología del homosexual conserve esas expresiones infantiles. Ya veremos en el presente volumen cómo puede ser adquirida la homosexualidad, mecanismos psicofisiológicos que se parecen a todos los que motivan las demás perversiones del recto sentido de la sexualidad normal.

Los homosexuales sienten verdadera repugnancia por el comercio carnal con la mujer, pero no hacia la mujer en sí. Inversamente de lo que se cree, manifiestan por ella, no sólo una viva simpatía, sino también verdadero cariño como el que pueden profesarse dos amigos normales sin mezcla sensual alguna. No obstante, estas inclinaciones sólo se advierten en los uranistas afeminados, aunque algunas veces pueden observarse en los de tipo viril, pero ya con cierto carácter de sensualidad o de curiosidad. En este punto hemos de expresarnos en desacuerdo con Hesnard, el cual afirma que "la repulsión del homosexual por las mujeres es más de odio que de frialdad indiferente; es una aversión activa e incoercible, igual a la que en las personas sensibles producen las cosas repulsivas".

Si esta aversión existe, es necesario localizarla en los homosexuales activos que han llegado al máximo extremo de degeneración; pero raramente sucede lo mismo en aquellos que son los verdaderos partidarios del amor platónico homosexual de la "escuela" griega.

Los pederastas activos odian a la mujer, precisamente porque en ella concurren las características más notables de atracción del amor heterosexual. No obstante, ni uno solo dejaría de desear que se diesen en un hombre, especialmente el color y la suavidad de la piel. La aversión del homosexual por la mujer, será tanto mayor cuanto más acusados estén en ella los rasgos absolutamente femeninos, no de la estética moderna, sino de la completa feminidad: es decir, el desarrollo de los muslos, la amplitud de las caderas, la redondez y la turgencia de los senos, etc. Un homosexual de este tipo, ante la vista de una espléndida mujer, dice que su substancia carnal es muy blanda, sus trazos muy finos, pueriles hasta el ridículo... Sus formas acusadas, carnosas, redondas; con las espaldas muy estrechas y las nalgas exageradamente curvadas. El conjunto, magnífico para el hombre bien orientado, suscita en el invertido una impresión lamentable de hallarse ante un ser inferior, débil y digno de todo su desprecio: una caricatura sexual del cuerpo masculino, imagen perfecta y canon de belleza del cuerpo humano.

Todos los signos de la maternidad repugnan al homosexual hasta unos extremos morales y físicos que parecen inconcebibles; uno de los amigos a quienes me he referido más arriba, no pudo reprimir un gesto de profundo desagrado al ver un cartel de la Dirección de Sanidad en el que se recomienda la lactancia maternal, representando a una mujer que da de mamar a su hijo. En otra ocasión, paseando dos de estos individuos por el Retiro, vieron a un ama de cría dando el pecho a una criatura; cuál no sería la repugnancia que experimentó uno de ellos, que no pudo evitar un vómito.

El pederasta activo se siente atraído por los efebos, es decir, por los jóvenes que no están definitivamente formados, por lo que ofrecen ciertas características de feminidad, lo mismo que sucede a las muchachas impúberes. Entre los invertidos españoles y sudamericanos, estos efebos reciben el nombre de *guayabos,* voz americana que se refiere a una fruta agridulce parecida a la manzana. Al mismo tiempo se sienten inclinados hacia las muchachas de aspecto viril e incluso a las impúberes cuyas características sexuales están escasamente desarrolladas, especialmente los pechos. Un homosexual francés vivió bastante tiempo en Barcelona en unión de una joven a la que hacía vestir de muchacho. La joven manifestó que había permanecido con él tres años, en cuyo tiempo sólo practicó con ella el coito anal. En efecto, un reconocimiento forense demostró que conservaba íntegros los frágiles atributos de la virginidad, aunque hubo de ser curada de diversas lesiones traumáticas en el recto. Se descubrió el caso porque la muchacha denunció los malos tratos de que la hacía objeto su extraño amante por resistirse ella a practicar el acto innatural. (Lámina I).

Desde el punto de vista psicológico e intelectual, el pederasta activo, es decir, el uranista viril, representa el tipo más grosero aunque se trate de un individuo de gran inteligencia y vasta cultura. Suelen ser incapaces de todo afecto espiritual, aunque en el período de conquista aparenten los sentimientos más delicados hacia su futuro amante. Una vez efectuada la posesión, el afán de variación sexual sigue manifestándose en forma idéntica a la que se observa entre los heterosexuales que van a la mujer por curiosidad o por un pasajero capricho, pero sin cariño de ningún género, por lo que inmediatamente sobreviene el hastío.

Entre los musulmanes de Marruecos y Argelia es donde con más crudeza se practica el amor o, por mejor decir, el erotismo homosexual, aunque justo es aclarar que el hecho es más material que psicológico y más afirmado en las costumbres que en razones de índole espiritual: de este aspecto nos ocuparemos en el último capítulo.

El uranista afeminado es todo lo contrario que el anterior. Su pasividad en el acto sexual anormal es muchas veces el resultado de su debilidad para oponerse a la voluntad del invertido activo; no obstante, sólo en la prostitución homosexual es donde se encuentran estos tipos que tan poco interés ofrecen al observador, ya que la asociación del elemento económico revela bien a las claras la ilegitimidad de la mayor parte de sus actos pederásticos. En muchos de estos individuos la inversión es completamente artificial, llegando a convertirse en un hábito que al cabo de cierto tiempo adquiere las proporciones de una modalidad insustituible.

Entre los invertidos del tipo feminoide psicofísico, puede decirse que no hay activos ni pasivos, ya que no siempre son capaces de obtener la comprobación de si sus sentimientos son femeninos o masculinos. Puede decirse que constituyen verdaderos casos de bisexualidad, mostrándose unas veces activos y otras pasivos, aun con el mismo *partenaire.*

Una aclaración que seguramente no dejará de extrañar a gran número de lectores, consiste en afirmar que, por lo general, como dice Bloch, "lo fantástico y soñador se manifiesta mucho más en los

homosexuales que el sentimiento de la realidad brutal, y donde más visible es en sus amores, que con frecuencia distan mucho de ser la grosería y material sensualidad del heterosexual, pues siempre van acompañados de una íntima necesidad de cariñoso afecto y de un idealismo especial que el observador perspicaz se ve obligado a reconocer". Siempre se ha supuesto por el vulgo que las relaciones entre homosexuales habían de manifestarse por medio de la pederastia, esto es, la penetración del "membrum in anus".

Lejos de esto, todo contacto material de esta naturaleza causa en el homosexual una repugnancia invencible; su sentimiento de la estética rechaza en absoluto esa modalidad grosera e inferior que tanto se aproxima "al contacto con una mujer". El amor de los homosexuales afeminados es puramente platónico, es decir, asexual y asensual. Es, como si dijéramos, el mismo sentimiento que une a un joven y a una muchacha en la época del idealismo puro, tratándose de individuos normales. Todavía existen grandes diferencias entre el amor de dos homosexuales y el de dos heterosexuales; en éstos, es posible que el deleite espiritual de los primeros días se convierta en contactos sexuales normales al cabo de poco tiempo, mientras que en los homosexuales la ficción puede prolongarse durante años y años sin experimentar otras sensaciones que las puramente románticas de un amor-amistad extraño en el que no entran más elementos que los *besos y las caricias, las miradas, las cartas inflamadas de pasión, verdaderos poemas en prosa cuyos sentimientos* nacen de lo más profundo de estas almas excepcionales.

Otras veces es la masturbación recíproca el método de satisfacción empleado y hasta el abrazo intercrural, pero muy raramente adoptan la postura clásica de la pederastia que, según ellos, aparte de ser grosera, "resta al acto los principales elementos psíquicos de excitación que se contienen en los gestos y en la belleza del rostro del ser amado", punto este estrechamente relacionado con los sentimientos del amor físico heterosexual.

Hay también homosexuales de carácter pasivo y femenino, cuya preferencia se manifiesta por los hombres de apariencia y caracteres viriles que se contienen en los seres sexualmente normales. Incluso los hombres más viriles no se ven libres de estas preferencias de los invertidos que suelen abordarles en la calle, en el teatro, en los tranvías, en cualquier parte. Es frecuentísimo el caso del escándalo en la plataforma de un tranvía, motivado por la admiración que en los homosexuales causan algunos hombres viriles. Pero rara vez se trata de invertidos que desearían ser "poseídos" por el individuo a quien

"ensayan", sino que se corformarían nada más que con acariciarles y recibir sus caricias "hasta donde ellos quisieran". Por lo cumún, el homosexuai que llega al extremo de exponerse al escándalo, a la paliza y a la cárcel ya es un verdadero enfermo neuropático. No obstante, esto no quiere decir que se trate de un pederasta pasivo, sino, simplemente, de "un término medio" de voluntad seguramente más débil que la del sujeto a quien tratan de conquistar, que siempre suele ser un tipo completamente masculino y de caracteres normales bien acusados.

Los homosexuales se conocen entre ellos al primer golpe de vista. Si son del mismo tipo y ambos van "de conquista", el uno ve en el otro a un rival intolerable. No hace mucho tiempo publicaron los periódicos una simple noticia: Un individuo que resultó gravemente herido al "caerse" de un tranvía en marcha. Pero el verdadero motivo del accidente fué el empujón que le dió otro viajero de la plataforma al que denunció el herido. Se comprobó que ambos eran homosexuales y que iban en persecución de un muchacho que les había inspirado los mismos sentimientos.

Según Hirchsfeld, es indudable que los uranistas se sienten recíprocamente atraídos; pero es cierto que existen otros muchos a los cuales tiene sin cuidado que sus elegidos sean o no de su misma naturaleza, y una proporción quizá mayor que solamente se sienten atraídos por naturalezas sexuales normales y vigorosas, como vulgarmente se dice, por "machos". Bloch dice que, por regla general, no les es difícil a los homosexuales la satisfacción de sus inclinaciones con los heterosexuales. "Un uranista de mediana edad, dice, me refirió que casi todos los jóvenes heterosexuales acceden casi siempre a los deseos manifestados en este sentido por los homosexuales, al principio por curiosidad, y después, no raras veces, excitados sensualmente. Sí: los homosexuales afeminados, según la opinión de este perito, hacen a los heterosexuales muy sensuales el efecto de las mujeres y suelen ser instados o seducidos por estos últimos a la masturbación mutua, sobre todo cuando se hallan bajo los efectos del alcohol". En efecto, coincidiendo con las afirmaciones del investigador citado, se encuentran casos infinitos de hombres perfectamente orientados, casados inclusive, que no tienen el menor escrúpulo físico ni moral en practicar la pederastia activa con individuos homosexuales; ahora bien, hay que advertir que esto ocurre a falta de medios normales, como se observa en los presidios, en los barcos, en los destacamentos militares y en todas las agrupaciones de hombres solos. Por lo tanto, no es justo incluir en la categoría de la homose-

xualidad auténtica a esos heterosexuales, que cuando no buscan la satisfacción de un deseo animal momentáneo tiende a obtener un producto económico de su actividad sexual.

Acerca de la actitud moral del invertido para consigo mismo, es mucho también lo que pudiera decirse en oposición con las teorías sustentadas por diversos tratadistas. Algunos sostienen que el homosexual no experimenta reacciones de conciencia por sus actos invertidos, por la misma razón que un tuberculoso no siente vergüenza alguna ante un ataque de hemoptisis. Con esto quiere demostrarse que el homosexual se considera a sí mismo como un enfermo de curación más o menos difícil.

En ciertos casos no cabe duda que las cosas ocurren de esa manera. Es más: cuando el homosexual ha luchado estérilmente contra sus tendencias adquiriendo la convicción de que no tiene remedio, puede llegar hasta el suicidio, hecho que se ha comprobado, fatalmente, en numerosos casos. Esta resolución extrema es el resultado de la doble vida que se ven obligados a llevar en un ambiente reducido y de moralidad llena de restricciones.

Otros, infinitos, se consideran perfectamente normales, y la declaración de sus inclinaciones es tanto más espontánea cuanto más compresivo sea el círculo de sus oyentes; éstos son de la misma opinión de Gide, esforzándose en demostrar que el amor homosexual es más noble y bello que el heterosexual. Exhiben sus tendencias con cierto orgullo y no tienen inconveniente en creer con toda sinceridad que son superiores al resto de los mortales.

Entre la homosexualidad de otros tiempos y la de la época presente, no cabe duda que existen grandes abismos de apreciación. Las investigaciones de la ciencia vienen demostrando que la homosexualidad es una inclinación natural distinta de la de la mayoría, pero sin dejar de ser un fenómeno biológico cuyas expresiones tienen que salir, forzosamente, del área de la condenación social. Tanto es así, que las confesiones católica y evangélica han llegado hasta el extremo de librar a este fenómeno del estigma de la inmoralidad, lo que, contrariamente, no han aceptado muchos hombres de ciencia ni la sociedad en general, que en muchos países continúa mostrándose intransigente con estas perversiones que califica de vicios abominables.

Un autor que ha realizado profundas investigaciones en el campo amplísimo de la homosexualidad, dice lo siguiente: "El que esta enorme injusticia perdure es la causa principal de tantos suicidios, como ocurren, de homosexuales, que muchos hombres de reconocida honradez y grandes dotes intelectuales llevan a cabo con frecuencia

antes de que hayan satisfecho los impulsos de su instinto sexual, la prueba más evidente de que no se trata de hombres viciosos, sino de desventurados, que no pueden soportar el menosprecio social y la injusta incomprensión de los que les rodean. ¡Cuántos suicidios se cometen por motivos homosexuales! Muchos más de los que pueden imaginarse. En algunos casos, mejor dicho, en muchos, sólo cabe suponerlos por circunstancias exteriores. Un homosexual de alguna edad, y persona de respetable posición, me escribe referentemente a la cuestión de los suicidios de uranistas que una familia que tiene la desgracia de que un hijo honrado, incomprendido y bueno, que por una falsa acusación que le hace sufrir bajo su peso, y por desconocer su irresponsabilidad, recurre al suicidio, prefiere decir que se ha suicidado por padecer una enfermedad venérea, que jamás tuvo, que confesar su homosexualidad.

La incultura, la incomprensión colectiva y muchas veces la maldad y la hipocresía, han causado más estragos que la misma homosexualidad que en innumerables aspectos es legítimo considerarla completamente inofensiva. En un país como el nuestro sólo puede hablarse de estas cuestiones de una manera exegeradamente velada para no jugarse la reputación y hasta el modo lícito de vivir de la profesión más moral. Un ilustre profesor español, verdadera gloria de la ciencia mundial, perfectamente viril, político, literato, y, en una palabra, sabio admirado y respetado por el mundo entero, cuando empezó a tratar estas cuestiones desde el plano analítico de su ciencia y de su conciencia, fué señalado con el dedo por otros intelectuales, seguramente hijos de padres desconocidos, que no encontraron un punto de ataque más vulnerable a los efectismos ni más propicio a los gustos de la mentalidad meridional, que suponerle homosexual, imputación absurda y que no sería nada ofensiva a no ser por la intención que en esa actitud crítica se ocultaba.

En la condenación de la homosexualidad por las leyes de muchos países, se advierte la incomprensión o la incultura de los legisladores. En España, el Código de 1928, que confeccionaron los fabricantes de leyes de aquella época, incluyó la homosexualidad en los delitos graves, al contrario del de 1870 que apenas si hacía alusión a este aspecto. Así, pues, el artículo 616 decía: "El que habitualmente o con escándalo cometiere actos contrarios al pudor con personas del mismo sexo, será castigado con multa de 1.000 a 10.000 pesetas e inhabilitación especial para cargos públicos de seis a doce años".

En el Código vigente parece ser que se ha modificado un tanto

la dureza de la sanción, reforma que hay que atribuir al ilustre catedrático Sr. Jiménez de Asúa, que en unión de otros hombres igualmente comprensivos ha emprendido la noble tarea de reformar las viejas costumbres tradicionales.

Es preciso que el vulgo se dé cuenta perfecta de lo que es la homosexualidad en sí, diferenciándola de la perversión o falso homosexualismo. La prostitución masculina, que en los sujetos pasivos suele ser casi siempre una actitud innatural, es lo que debe perseguirse con el tesón que lo hace la Policía española, que, a pesar de todo, no creemos que haya llegado a catalogar exactamente a todos los invertidos de esta naturaleza, ya que en sus archivos apenas si figuran datos de más de un millar de homosexuales masculinos que en su mayoría están fichados por otros delitos.

Aparte de Barcelona, Sevilla, Cádiz, Málaga y otras poblaciones de Andalucía y Levante, la prostitución masculina es casi desconocida, al menos en ese aspecto de tolerancia que se observa en el repugnante "barrio chino" de Barcelona, donde los invertidos compiten con las mujeres enroladas en la prostitución.

Igualmente, todas esas manifestaciones públicas de los homosexuales, sean invertidos o pervertidos, sí que merecen la atención del legislador en la misma medida que se persigue al donjuán callejero que molesta o atenta contra el pudor de una mujer, por muy excitantes que sean sus encantos sexuales.

No obstante nuestras opiniones, no dejamos de comprender que el problema es bastante complejo y que llevar al ánimo popular todas estas teorías equivaldría a tanto como entablar una pugna con el dominio de un sin fin de tradiciones brutales heredadas en la sucesión de muchas generaciones.

No defendemos la homosexualidad en ninguno de sus aspectos, porque contra todas las teorías que pretenden justificar su normalidad y hasta su belleza pueden oponerse los enunciados perfectos de la lógica sexualidad; pero lo que sí es preciso comprender que al ser el homosexualismo un fenómeno biológico, algo que, si se quiere, puede compararse a una enfermedad, lo mismo que un canceroso no puede ser responsable de las manifestaciones de su dolencia, tampoco un homosexual debe ser castigado ni menospreciado por la sociedad por el hecho inevitable de mostrar su instinto en las únicas expresiones que las leyes naturales le han impuesto desde antes de nacer. y, acaso, de ser engendrado.

LA HOMOSEXUALIDAD EN LA MUJER

Diferencias esenciales con el hombre.—Tipos de homosexuales.—La violencia de sus pasiones.—En las mujeres españolas.—Matrimonios entre tribadas.—El crimen y el suicidio por amor homosexual.—Bases psicológicas.—Perversión entre las prostitutas.—La inversión congénita es poco frecuente.—Influencias que la determinan.—Esencias de feminidad.—La invertida congénita pasiva.—Su actitud erótica.—Contrastes intelectuales y sociales

La homosexualidad no ofrece los mismos aspectos en la mujer que en el hombre, ni tampoco puede decirse que la inversión verdadera alcance en el sexo femenino las mismas proporciones que en el opuesto. Ni las mismas proporciones ni, además, iguales modalidades, tanto en lo que se refiere a su génesis como en lo que afecta a su gravedad; siempre ha tenido menos importancia la homosexualidad femenina, en primer lugar, porque verdaderamente, los casos observados son infinitamente menores, y por otra parte, porque las condiciones especiales de las relaciones femeninas impiden efectuar una investigación seria, aparte de que la masculinidad en la mujer nunca mereció el mismo juicio social que en todo tiempo inspiró el afeminamiento en el hombre.

No obstante estas afirmaciones en términos generales, la homosexualidad congénita se observa en la mujer, y en algunos casos llega hasta el extremo de ser irremediable; pero éstos son muy raros, y casi siempre se manifiestan en edades que se aproximan más a la menopausia que a la pubertad, que suele ser todo lo contrario de lo que sucede en el hombre. No es posible tampoco afirmar que esto sea la homosexualidad verdadera, sino más bien una pseudohomosexualidad motivada muchas veces por el hastío de los placeres normales. En resumen, para explicar más claramente la diferencia—siempre hablando en términos generales—entre la homosexualidad masculina

y femenina, cabe decir que, mientras casi todos los homosexuales masculinos no experimentaron nunca las sensaciones de la sexualidad normal, la mujer invertida conoció de sobra todas las variedades naturales y artificiales de satisfacción erótica.

Si en la inversión masculina abundan tanto los individuos del tipo masculino como los del femenino, los cuales tanto pueden manifestarse en forma activa como pasiva, es decir, haciendo de hombre lo mismo que de mujer, en la inversión femenina el tipo viriloide es el único que existe, puesto que las *amantes femeninas* invertidas auténticas puede decirse que no se conocen, sino que más bien se trata de mujeres de débil voluntad y escasa sexualidad sometidas al dominio absorbente y a veces brutal y violento de sus iniciadoras de tipo masculino. En este caso, todo o casi todo depende de la iniciación: es el traumatismo psíquico la determinante esencial del futuro psicoerótico de la *invertida femenina,* cuyos placeres suelen ser siempre más del espíritu que de la materia.

Como hemos dicho en el capítulo primero de este volumen, todas las mujeres en la pubertad tienen sentimientos homosexuales más o menos acusados; la vida afectiva de la mujer en esta época de su desarrollo puede ofrecer esos rasgos de homosexualidad que se advierten en las caricias, en los besos, en esas amistades fervorosas que se hacen en los colegios cuyas trazas de inversión suelen ser espontáneas y hasta ignoradas, desapareciendo tan pronto salen del ambiente unisexual en que se han desarrollado.

Ahora bien, si es cierto que muchos hombres de aspecto completamente viril pueden sentirse movidos por un alma de mujer, incluso mostrándose como sujetos pasivos, la homosexualidad viril de la mujer, esto es, el tipo activo, casi siempre coincide con estigmas de virilismo más o menos desarrollados, tales como la mayor anchura de los hombros que de las caderas, vello espeso en el labio superior, senos anchos, aplanados y raramente redondos, brazos y piernas musculosas y peludas, manos y pies grandes, andares desenvueltos, vicios masculinos—alcohol, tabaco, juego—, afición a los deportes violentos, profesiones masculinas, etc. (Lámina II.)

Otra de las características de la homosexualidad femenina es la enorme violencia que alcanzan estas pasiones. El crimen pasional inclusive es una de las variantes comunes entre ciertas tribadas; el homosexual masculino llega raras veces a estos extremos. Un tratadista inglés habla de las cigarreras españolas, escribiendo lo siguiente: "Las relaciones lésbicas son conocidas en las grandes fábricas españolas, especialmente en la de cigarros de Sevilla. Las mujeres

trabajan en esta fábrica en una atmósfera de tal temperatura, que tienen necesidad de despojarse de la mayor parte de las prendas de vestir; antes de introducir un visitante en el taller, se avisa a las operarias con un toque de campana, a fin de que reparen su desnudez. Semejante medio predispone a la formación de relaciones homosexuales. Estando yo en España ocurrió un incidente en esta fábrica de tabacos, del que se ocuparon extensamente los periódicos. Una mañana, a la hora de entrada, y mientras las operarias cambiaban el mantón de Manila por el ligero traje de faena, una de ellas atacó a su compañera con una pequeña navaja y la infirió seis o siete heridas en la cara y cuello, amenazando de muerte a quien se acercase. Las dos cigarreras trabajaban en labores finas y habían estado muchos años en la fábrica. Su apariencia ofrecía marcado contraste. La agresora, de cuarenta y ocho años, era de aspecto y aire varoniles, alta y delgada y su cara arrugada tenía una expresión de firme determinación; la víctima, por el contrario, era regordeta, guapa y de carácter agradable; tenía treinta años. La víctima alegó que la causa de la agresión había sido un insulto dirigido por su madre al hijo de la agresora. Sin embargo, parece ser que existía una estrecha amistad entre las dos mujeres y que, últimamente, la joven había intimado con la maestra del taller donde las dos trabajaban; por esta razón, la de más edad, arrastrada por los celos, resolvió asesinar a las dos. Su propósito no se realizó porque la joven se negó a seguirla a un lugar más apartado y la maestra no concurrió aquel día a la fábrica".

El mismo autor continúa diciendo que "hay razones para suponer que las relaciones homosexuales son conocidas entre las mujeres españolas. Así, los característicos bailes españoles son ejecutados por jóvenes que jamás comercian con sus personas, pero que, según se dice, con frecuencia establecen entre sí relaciones homosexuales".

Este episodio de la homosexualidad de ciertas mujeres españolas y otros muchos que pudieran citarse, no acaban de prestar autoridad a un investigador imparcial para decir que la homosexualidad femenina en nuestra tierra alcance las mismas proporciones que ofrece en otros países. Esta imparcialidad nuestra, bien probada en el análisis de determinados aspectos de la sexualidad española y que otros autores silencian al hablar de su país, nos obliga a afirmar rotundamente que España, país donde abundan los invertidos masculinos, no brinda al investigador de la inversión femenina veneros notables de estudio. Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y otros países europeos ofrecen en este aspecto un caudal inagotable de información pública. En nuestro país, saliendo de los colegios, prisiones de mujeres y casas de prostitu-

ción, la homosexualidad femenina, si existe, es punto menos que imposible observarla como se advierte en Inglaterra y en Francia. En este último país sobre todo, y muy especialmente en las grandes ciudades, no tiene nada de particular que una mujer viva con otra y hasta que haga pública ostentación de sus aficiones. En Berlín existen clubs de invertidas, y en Londres hay cafés que se caracterizan por una clientela femenina especial.

Un autor dice que en Norteamérica ocurren estos casos con más frecuencia que en Europa, donde Austria y Hungría parecen arrojar el mayor contingente según las estadísticas judiciales. En estos países, según dicho tratadista, la pasión homosexual femenina llega hasta el crimen, acerca de lo cual cita diversos casos.

En España no se tienen noticias de que se hayan efectuado matrimonios entre invertidas, como ha ocurrido en varios países, especialmente en Inglaterra, lo mismo con conocimiento de la verdad por ambas partes que mediando el fraude por parte de la que había de hacer de *marido*. El caso de una mujer que combatió en el ejército norteamericano en la Gran Guerra con el nombre supuesto de coronel Parker y que se casó legalmente con la hija de un farmacéutico inglés, se descubrió al cabo de cuatro años de "matrimonio"; ambos cónyuges se separaron por diferencias de carácter, y al poco tiempo falleció el *marido* de manera violenta, por lo que la autopsia permitió comprobar que se trataba de una mujer cuyos órganos reproductores eran completamente normales, si bien los copuladores presentaban determinadas irregularidades de formación.

Ellis dice que es de notar el número de invertidas que han logrado, mediante el fraude, casarse con la mujer preferida y vivir felices durante largos períodos. Cita el caso verdaderamente extraordinario, en el cual la ceremonia se verificó a sabiendas por ambas partes: una inglesa invertida de elevada intelectualidad se enamoró de la esposa de un clérigo, el cual, conociendo perfectamente los detalles del asunto, casó secretamente a las dos señoras en su propia iglesia.

En Cardiff se descubrió hace unos años un matrimonio de esta naturaleza. El supuesto marido era una mujer de tipo completamente viril, pero con órganos genitales normales, que a los catorce años entró a prestar sus servicios en un buque mercante a las órdenes inmediatas del mayordomo, hombre de alguna edad. El mayordomo tenía una hija, tres o cuatro años menor que el muchacho, que por ser huérfana de madre acompañaba al marino en travesías cortas y poco peligrosas. Los muchachos se hicieron muy amigos, y cuando él cumplía veinticinco años y ella veintiuno, contrajeron matrimonio. La pareja vivió

feliz seis años, hasta que un día, con motivo de una huelga, el supuesto esposo resultó herido en el vientre de suma gravedad. Fué conducido al hospital, donde se descubrió su verdadero sexo. Los pechos estaban atrofiados, aunque no tanto como en el hombre normal; pero la zona genital no ofrecía particularidades notables, a no ser cierto desarrollo del clítoris en dimensiones muy frecuentes en mujeres heterosexuales. La "viuda" manifestó que jamás se había detenido a examinar los genitales de su esposo, por ser ello contrario a su pudor.

En los Estados Unidos son muy frecuentes las uniones legales de mujeres homosexuales, no por ignorancia de la verdadera mujer como en el caso anterior, sino con pleno conocimiento de causa. Estos "matrimonios", severísimamente castigados por las leyes, suelen durar bastante más que las uniones normales. No obstante, casi siempre se efectúan los fraudes utilizando nombres falsos. Un hecho de esta naturaleza ocurrió en Baltimore a principios del verano de 1933. La misma noche de tan extrañas bodas, un criado negro del hotel en que se alojó la pareja presenció ciertas intimidades que, sin dejarle lugar a dudas respecto del sexo verdadero del fingido esposo, puso el hecho en conocimiento del policía particular del hotel. El falso marido y la complaciente mujer fueron condenados a varios años de cárcel; ambas habían ejercido la prostitución durante varios años, y contrajeron matrimonio para retirarse a disfrutar tranquilamente de sus ganancias.

El Dr. Macdonald, de Memphis (Estados Unidos), refiere el siguiente caso: "Una invertida congénita, Alicia Mitchel, adoptando nombre y traje de varón, planeó un casamiento con Freda Ward. El proyecto fué frustrado por la hermana de Freda, y entonces Alicia asesinó a su novia. No existen razones para suponer que estaba loca en el momento de cometer el asesinato. Era un tipo de inversión muy pronunciado. Su madre había estado loca y tenía impulsos homicidas. Alicia tenía hábitos masculinos desde la infancia y se la tenía por desequilibrada. Su cara era manifiestamente asimétrica y parecía mucho más joven que lo que en realidad era. No era viciosa ni tenía mucho conocimiento de materias sexuales. Se avergonzaba de besar a Freda delante de testigos, mientras que ésta no veía razón para ello".

Ellis hace referencia a los siguientes casos que recoge en varias revistas de Medicina. Las hermanas Tiller, dice, son dos quintonas que durante algunos años han actuado en teatros baratos. Una de ellas era invertida desde la niñez; los hombres la causaban horror y sostenía relaciones sexuales con la otra. Esta no era invertida, y un hombre la indujo a que le siguiera. La invertida, presa de violentos

celos, entró en la habitación que ocupaba la pareja y mató de un tiro al hombre. Fué acusada y condenada a cadena perpetua. La defensa alegó la locura, pero no pudo aportar evidencia convincente.

Otro caso: Una enfermera titular vivió durante catorce años con una joven, que en este tiempo la abandonó cuatro veces y otras tantas volvió a reunirse con ella, cediendo a sus instancias; por fin un día se marchó definitivamente y se casó. La enfermera disparó un tiro sobre el marido, hiriéndole gravemente. La culpable había estado casada dos veces, pero no vivió con ninguno de los maridos; su madre murió en un manicomio y tuvo un hermano suicida. Fué acusada del delito de desorden y multada.

"Las relaciones homosexuales—escribe el mismo autor—han sido también causa del suicidio de algunas mujeres. Un caso de este género ocurrió en Massachusets a principio de 1901. Una joven de veintiún años había sido solícitamente cuidada durante un período de postración nerviosa, de carácter aparentemente histérico, por una amiga y vecina, de unos treinta y cinco años, casada y con hijos. La amistad se trocó en ardiente pasión mutua. La madre de la joven y el marido de su amiga trataron de poner término a tal intimidad, y la muchacha fué enviada a una ciudad distante; sin embargo, se realizaron algunas entrevistas secretas. Finalmente, cuando los obstáculos llegaron a ser insuperables, la joven compró un revólver y, deliberadamente, se disparó un tiro en la sien, delante de su madre. Aun cuando algunas veces los actos de esta joven eran extraños, era muy apreciada por todos; atlética, aficionada a los deportes al aire libre, enérgica propagandista religiosa, poseía una hermosa voz y era miembro activo de muchos clubs y sociedades. La señora amiga suya pertenecía a una familia aristocrática y era muy querida y respetada."

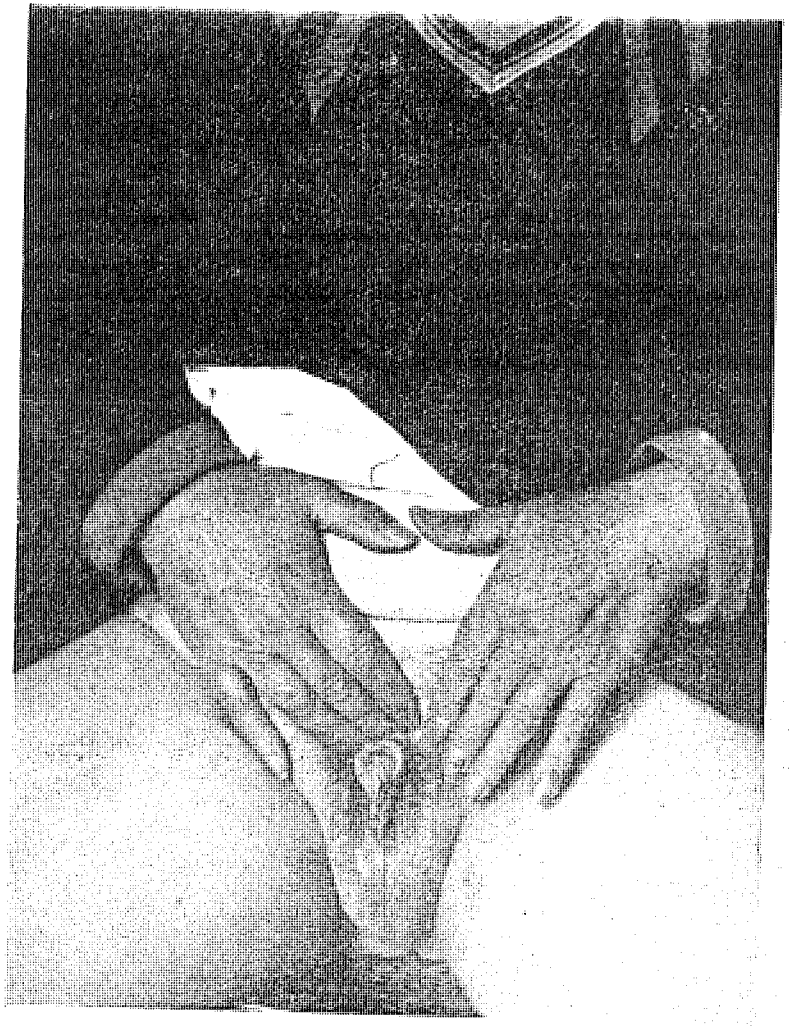
Todas estas informaciones revelan que la homosexualidad femenina da lugar al desarrollo de pasiones mucho más vehementes que entre los hombres. En algunos medios artísticos, y muy especialmente en los clubs femeninos, las escenas de celos de las invertidas adquieren caracteres que a veces detonan rudamente con la educación y hasta con los principios morales de estas mujeres. Un homosexual que sorprende a "su amor" cortejado por otro hombre o atendido de una manera natural por una mujer, rara vez manifiesta su disgusto de manera tan ostensible como lo hace una mujer en el mismo caso. Entre hombres homosexuales es muy raro que se llegue a esos extremos de los malos tratos y los insultos graves, sino que más bien se resuelven estas querellas en reproches y lágrimas, a pesar de que el invertido burlado pueda ser del tipo masculino.



PROSTITUTA HOMOSEXUAL

La homosexualidad de las prostitutas no suele ser nunca congénita, si bien, al cabo de mucha práctica, las características morfológicas se inclinan hacia la masculinidad.

LAMINA III



FALSO HERMAFRODITISMO

En esta mujer de treinta y dos años el desarrollo del clítoris y la forma de los grandes labios, semejantes a un escroto, dieron lugar a que se la tomase por hombre.

LAMINA IV

Entre las mujeres las cosas se desarrollan de una manera mucho más violenta, pues se han dado casos de que una tribada enfurecida ha causado heridas graves a su amante valiéndose de los más refinados procedimientos de crueldad. Ciertos hoteles de París disponen de habitaciones preparadas al efecto, de forma que los inquilinos de la *chambre* inmediata no puedan advertir el menor ruido de estas verdaderas tragedias homosexuales que casi siempre terminan con la intervención de la policía.

He aquí una extraña diferencia cuyas bases psicológicas no han sido aún estudiadas con verdadera atención. Siendo más violenta o enérgica y profunda la sexualidad normal masculina, donde todo es actividad, dinamismo, necesidad constante de conquista, de ataque y de dominación, no ha de parecer extraño que un hombre llegue al sadismo, al masoquismo, a todas las perversiones e incluso al crimen en virtud de las máximas excitaciones sensuales. En el amor normal de la mujer ocurre todo lo contrario: una mujer enamorada se muestra siempre pasiva y sometida por entero a la voluntad del hombre a quien ama, hasta el punto de que toda la energía compatible con su feminidad queda anulada mediante el gesto imperativo del macho.

En la homosexualidad, como vemos, se cambian las tornas: el hombre, sea activo o pasivo, pierde en absoluto todas sus energías, y la mujer activa, la hombruna, se prestigia de una fuerza, una audacia y una voluntad imperativas que si se traducen en maldad es siempre más refinada en sus expresiones que la que pudiese manifestar el hombre más depravado. El hombre homosexual de tipo masculino en el que la inversión es real y no viciosa, rara vez llega a brutalizar a su *partenaire* pasivo o femenino en la forma que lo hace una mujer. En ésta es casi siempre un elemento algolágnico lo que determina esas formidables palizas que la invertida femenina recibe con dolor y nunca con complacencia; pero hay muchas que resuelven sus celos y dudas en martirios que no les producen más placer que el que puede experimentar un cabo de vara apaleando a un preso: no es más que el castigo o la venganza, la reivindicación de un derecho violado.

Entre las prostitutas del mundo entero—aquí no hay excepciones—es donde mejor se observan estos aspectos crudos de la homosexualidad femenina, especialmente cuando se trata de verdaderas invertidas de tipo masculino. Muchas riñas sangrientas no tienen otro origen que los celos que de un hombre cualquiera puede tener la *virago,* es decir, la activa. Conozco varios casos en que se advierte la ferocidad implacable que ha presidido en muchas querellas entre mujeres recluídas en una casa de prostitución. El castigo de estas hazañas resul-

ta poco menos que imposible, ya que la íntima unión que existe entre estas mujeres impide por completo la menor delación; una muchacha de veinte años que recibió heridas graves de su amante activa, de cuarenta y un años, se cerró en el mutismo más absoluto cuando fué requerida por las autoridades para que declarase la forma en que fué herida en la cabeza: no hubo medio de conocer la verdad, y eso que la escena sirvió de espectáculo para todas las mujeres de la casa. Todas declararon que sólo se dieron cuenta del suceso cuando vieron herida a su compañera.

La prostituta homosexual activa, es decir, la de tipo viril, no acusa en las formas de su cuerpo los caracteres que pueden observarse en una mujer de las mismas tendencias y de conducta más moral. Esto se explica, hasta cierto punto, por el hecho de que una prostituta de aspecto completamente viril no podría desenvolverse en el medio material y psicológico de la prostitución. Por esta razón sucede que las condiciones artificiales, por decirlo así, en que tiene que actuar con arreglo a su naturaleza psicofísica, determinan ante los hombres, con cuyo comercio vive, una segunda naturaleza femenina que en apariencia se equilibra con la otra naturaleza glandular. Claro es que cuando el hombre desaparece del escenario de su erotismo fingido torna el ser natural y surge la homosexualidad.

Una prostituta homosexual es más femenina que una homosexual que no sea prostituta, al menos aparentemente. Desde luego ha podido observarse que constituyen dos tipos distintos, tanto más alejados del aspecto viril cuanto más frecuentes sean sus relaciones con los hombres, ya sean sexuales o simplemente de amistad. La prostituta manifiesta el contraste por necesidades de la profesión, y la decente—ambas homosexuales—reduce las actitudes de su virilismo hallándose entre hombres por espíritu de sexo. La prostituta guarda las formas físicas, y la que no lo es reprime la spsíquicas: tal es la sola diferencia. (Lámina III.)

Esta definición no deja de parecer extraña, puesto que resulta imposible, según se cree, que pueda depender de la voluntad la conservación o el desarrollo de los rasgos físicos. No obstante, así sucede, hecho que se observa, por ejemplo, entre los europeos que llevan residiendo varios años en Asia: que al cabo del tiempo terminan por mirar con los ojos oblicuos, por sonreír constantemente y hasta por adquirir el tinte terroso de la piel de los amarillos.

Como ya hemos dicho en otra ocasión, todas las prostitutas son homosexuales en mayor o menor grado, si bien las pasivas abundan más

que las activas y las viciosas mucho más que las congénitas o invertidas verdaderas.

En lo que se refiere a la verdadera inversión entre las prostitutas, mis investigaciones no me permiten señalar casos notables; he podido consultar acerca de este aspecto la opinión de 65 mujeres dedicadas a la prostitución, y sólo en dos casos existe la certeza de que se trata de auténticas invertidas; una se dedicó a la prostitución como único medio de poder permanecer al lado de otra prostituta de quien se había enamorado, y la otra ingresó en el oficio inducida por otra homosexual pasiva con la que estaba liada.

La razón se me ofrece bien sencilla de explicar. En la homosexualidad verdadera, el elemento de repulsión hacia el hombre es manifiesto, tanto como lo sea entre los hombres invertidos hacia la mujer. Una invertida congénita no puede dedicarse a la prostitución mientras no venza esa aversión también congénita que la inspira el sexo masculino, y cuando se dedica a ese oficio, lo que no es excepcional, pese a mis observaciones, no es el impulso sexual normal el móvil, sino las circunstancias económicas o de otra índole que nada tienen que ver con los aspectos "legítimos" de su sexualidad. Con esto queremos decir que esa homosexualidad es más bien adquirida o viciosa, aunque tampoco sea posible negar que en muchos casos pueden manifestarse los impulsos homosexuales que han permanecido adormecidos durante algunos años de existencia heterosexual.

Se han dado diversas explicaciones acerca de la homosexualidad entre las prostitutas. "Es evidente, dice Ellis, que debe existir alguna causa fundamental que origina la frecuencia de la homosexualidad entre las prostitutas. Una de ellas es, sin duda, las relaciones de la prostituta con los hombres; estas relaciones son de carácter profesional, y a medida que el elemento comercial se acentúa, disminuye la posibilidad de la satisfacción sexual; falta, además, el sentido igualdad social, el sentimiento de posesión y la ocasión para el ejercicio del afecto y devoción femenina. La prostituta se encuentra obligada a buscarlas en un chulo o en otra mujer. Yo creo que el origen de esta homosexualidad "artificial", es decir, adquirida, no está más que en parte en las razones que aduce el célebre psicólogo que parece olvidar factores mucho más elementales y que indudablemente conciertan con la mentalidad particular de la prostituta. Esa necesidad de afecto que tiene la mujer que vive al margen de la moral social puede ser más o menos consciente. Cuando necesita un cariño—que siempre ha de ser sexual—no la faltan hombres donde elegir, sin necesidad de que sea un chulo, sino, sencillamente, un amigo, el único que *no paga* con dinero los fa-

vores que ella le hace, pero a los que corresponde con otros afectos y pruebas que la prostituta no recibe ni quiere recibir de los demás. Que por parte de él exista algún escrúpulo, es algo muy posible; pero que la mentalidad de ella no reconoce los mismos obstáculos es un hecho indiscutible, ya que la fidelidad la interpreta siempre desde el punto de vista objetivo; es decir, que se considera fiel a "su hombre", aunque yazga con los demás, siempre que el pensamiento esté puesto en el amado de una manera constante, predisposición que sirve para insensibilizarla contra todas las habilidades del cliente ocasional.

Más acertado sería, a nuestro juicio, basar la homosexualidad "adquirida" de las prostitutas: a), en el ambiente en que viven propicio a todas las excitaciones, incluso las promovidas por el uso del alcohol; b), en el hastío producido por el continuo pasar y repasar de hombres y hombres, a los que está "obligada" a satisfacer y a los que llega a odiar con extensión a todo el sexo; c), en la necesidad antropobiológica de variación, que aunque menos acusada en la mujer por razones biológicas, no deja de manifestarse con mayor libertad que la que es permitida en el seno de las mujeres honestas, y d), que lo mismo que en muchas mujeres la homosexualidad se adquiere por falta de medios naturales de satisfacción, así entre las prostitutas es la abundancia y la monotonía de esos medios lo que determina el mismo fenómeno, favorecido, como decimos al principio, por el ambiente, y aun en el caso de que ejerciese la profesión por puro *amateurismo* y sin obligación alguna de someterse a los instintos del hombre, al que puede seguir amando en virtud de su primitivo instinto heterosexual que ahora resulta francamente homosexual.

Muchas prostitutas de quienes he procurado informarme, manifiestan que jamás tomaron la iniciativa de las prácticas homosexuales, sino que fueron iniciadas por compañeras. Casi todas afirman que lo hicieron "por ver qué era eso", y hay muchas que no niegan que, en principio, ni experimentaron sensación alguna, ni en su conciencia encontraron eco adecuado esas maniobras. No obstante, las que adoptan una actitud pasiva terminan por aficionarse bien pronto a los placeres homosexuales. La adopción del papel activo puede decirse que es casi siempre circunstancial; suponiendo que sean dos mujeres de tipo femenino, siempre una será más fuerte, más enérgica o autoritaria que la otra, y entonces surge la *liaison*, haciendo la más fuerte la distribución de los papeles, de los que, naturalmente, se asigna el masculino.

Si entre los homosexuales varones es general que un mismo individuo puede representar ambos papeles, entre las mujeres no ocurre lo mismo hasta que no se ha diferenciado, por decirlo así, el impulso

anormal. Esto ocurre siempre entre las prostitutas, lo que no suele suceder entre las homosexuales de otra mentalidad que ya se han definido antes de intentar el primer contacto. Por eso se dan casos de invertidas que después de hacer un papel empiezan a representar el otro, dependiendo todo o casi todo de la diferencia de energía física o intelectual de la nueva compañera.

Esto prueba una vez más que la homosexualidad de las prostitutas presenta caracteres bien distintos de los que ofrecen las mujeres honestas, entendiendo por tales a las que no son prostitutas. Estas invertidas practican la inversión como recurso unas veces y por necesidad otras: todo depende de circunstancias varias escasamente esenciales en motivos básicos. No obstante, al cabo del tiempo la homosexualidad llega a arraigarse de tal forma en el temperamento de la mujer —sea o no prostituta—, que la heterosexualidad llega a no ser otra cosa que un recuerdo lejano, vergonzoso y repugnante. Ninguna mujer lucha contra su inclinación pervertida como lo hace un hombre en las mismas condiciones, en lo que influye, y en gran medida, la distinta apreciación que merecen iguales inclinaciones en un sexo y en otro para la sociedad. En contraste también, un hombre no se oculta de mostrar casi como un galardón los signos de su homosexualidad, cosa que la mujer no hace nunca, a no ser que se trate de una profesional.

Como decíamos al principio de este capítulo, la homosexualidad femenina pasiva de naturaleza congénita es muy rara. Estas mujeres son exactamente iguales a las que gozan de plena normalidad sexual, si bien puede decirse que les falta esa parte de masculinidad de carácter que constituye el principal impulso de sus inclinaciones. Son, como si dijéramos, la esencia de la feminidad. Marañón explica estos casos con su acertado juicio clínico, diciendo que se trata de una simple exageración de la función erótica femenina, que en la mujer sin práctica sexual toma el aspecto de la ternura apasionada por otras mujeres. El sabio profesor divide a las homosexuales en dos categorías o tipos: uno, que se manifiesta en forma regresiva, es decir, hacia la puerilidad, y el otro en forma progresiva, o sea hacia la virilidad.

El primer caso, o sea el de la inversión pasiva que tiende a la puerilidad en todas las manifestaciones individuales, es el de todas las mujeres que, sin dejar de tener un fuerte temperamento sexual, carecen de energía, de ese átomo de masculinidad que necesita el carácter para justificar esas simples audacias naturales que permiten a una mujer enfrentarse con un hombre, sin perder por ello la más mínima parte de pudor o castidad. Esas jovencitas delicadas y de aspecto enfermizo que son incapaces de permanecer con la mirada alta en presencia

de un hombre, observan esa actitud en virtud de una extraña mezcla de respeto y de temor exagerados que no pueden tener explicación más que en su débil mentalidad tan pueril. En una ocasión presencié la autopsia de una bellísima joven de veinte años, a quien conocía, y con la que jamás pude cambiar dos palabras seguidas sin que el rubor asomase a sus mejillas, y eso que era amigo de la casa y de dos de sus hermanos, médico uno y abogado el otro. La muchacha murió a consecuencia de un accidente de automóvil, y la autopsia demostró que existía una atrofia muy marcada de las cápsulas suprarrenales, causa cierta de su extraña mentalidad si hemos de atenernos a la teoría endocrina de la homosexualidad en la mujer.

Las homosexuales de este tipo, tímidas con los hombres, se someten mejor al dominio de otra mujer. Casi siempre muestran una pasividad sexual que se parece a la frigidez absoluta, aunque son incansables en la demanda de caricias y mimos, de protección y de cuidados que convierten a una criatura de veinte años en una niña de cinco. Son las preferidas por las homosexuales de tipo viril, porque con ellas ejercen todo su dominio incontestable, que es también una mezcla de pasión sexual y de ternura maternal instintiva. A propósito de estas delicadas figuras humanas, recuerdo la frase de un amigo diez años mayor que yo. Hace de esto quince años, la mitad de los que cuento, este amigo estaba profundamente enamorado de una amiga de mis hermanas, joven encantadora de dieciocho o diecinueve años, excepcionalmente tímida y vergonzosa con los muchachos, pero simpatiquísima y dicharachera con sus amigas. Desesperado por la imposibilidad de acercarse a su ídolo, me utilizaba a mí como correveidile, misión que procuraba cumplir como mejor podía, pero que nunca debió producir a mi amigo los mejores resultados. Y un día, desesperado, harto de perder tiempo y de regalarme libros en pago a mis servicios de estéril tercería, me dijo: "Chico, daría la mitad de mi vida por convertirme en mujer y hacerme amiga suya". Entonces no me expliqué el sentido magnífico de aquella frase; pero investigando en estas cuestiones de la homosexualidad femenina, me di cuenta perfecta del alcance bárbaro de tales palabras. Me atrevo a asegurar que mi amigo no dijo aquello con la intención consciente a que me refiero; pero estoy plenamente convencido de que el instinto fué bastante más lejos y estuvo más acertado que todo lo que hubiera podido forjar su imaginación de hombre profundamente apasionado por aquel objeto imposible de lograr por medio de los procedimientos naturales.

Las homosexuales pasivas son de tipo erótico sumiso, mientras que las activas son sensuales dominantes. La pasiva experimenta las sensaciones más intensas que una mujer puede obtener por medio de la sexualidad: suelen reconcentrarse en sí mismas de tal forma, según me dice una prostituta que tiene razones para conocer lo que afirma, que pierden la noción de los hechos y de las cosas. En esos instantes de furor lésbico ni la misma muerte sería bastante para detener la evolución de su erotismo desenfrenado y completamente pasivo. Lo que no tolera jamás una invertida de esta naturaleza son las violencias de cualquier género, ni la menor caricia sádica: su fragilidad física corre parejas con su psiquismo extremadamente delicado e hipersensible. Son, en resumen, el tipo ideal con que sueñan todos los poetas hasta que cumplen los veinte años y las mujeres viriles entre los veinte y los sesenta.

En el orden de las diferencias existentes entre los elementos eróticos del hombre y la mujer homosexuales, si en aquéllos bastan sólo, en el ochenta por ciento de los casos, las amistades estrechas, las caricias más o menos atrevidas y, en todo caso, la masturbación recíproca, la mujer homosexual no se conforma nunca con tan escasos recursos de satisfacción; esto se queda sólo para la época de la pubertad, o de la escasa o incompleta diferenciación del impulso.

Una pareja de homosexuales masculinos refinados rara vez llegan a la pederastia, como procedimiento más parecido a la práctica normal de la sexualidad, ni tampoco ejecutan actos tales como la succión o el *anilingus*, o sea la posición de la boca a lorificio excretor. En cambio, las mujeres no reconocen límites en sus demandas de deleites densos, ni saben cuál es el límite que la repugnancia moral o física pueden poner a sus entusiasmos eróticos. Con esto queremos decir que todo lo que conduzca al placer, sea por los caminos que fuere, no pasa de ser en la invertida un gesto natural más o menos refinado que jamás produce la menor reacción de conciencia.

La mujer homosexual no rechaza la sociedad de los hombres—nos referimos a las de tipo activo—, como los hombres invertidos del mismo tipo rechazan las amistades femeninas. Las invertidas, en resumen, no tienen nunca ningún problema moral que resolver ni un escrúpulo que no puedan vencer fácilmente.

Otro detalle curioso es que la homosexual de tipo viril busca a su *partenaire* menos entre las mujeres de facciones bellas que entre las que son delicadas y tienen un bonito cuerpo. La piel blanca y fina, los senos redondos y menudos, las formas frágiles y los ademanes tímidos, constituyen, en suma, los principales atractivos de la feminidad-tipo de las invertidas activas. Por el contrario, las homosexuales pasivas no siempre aceptan el tipo contraste, sino que prefieren aquellas

en que la energía de su carácter se hace compatible con la feminidad en todos los aspectos posibles.

Entre dos mujeres homosexuales, es decir, entre la activa y la pasiva, median, por lo general, determinadas diferencias intelectuales a veces muy acentuadas. En Inglaterra, por ejemplo, las damas homosexuales activas no se conforman con los placeres que pueden obtener con sus compatriotas, sino que prefieren la doncellita exótica; las chinas y malayas son las más solicitadas, aunque tampoco es raro ver a una respetable señora acompañada de una negrita de cualquier colonia de los vastos dominios británicos.

No es extraño que una mujer culta, de elevada mentalidad y elegantísima, entable este género de relaciones con otra mujer vulgar, ineducada, sucia y de ademanes groseros que envuelve su cuerpo—necesariamente bello—con las vestimentas más atraviliarias. Este contraste se advierte en ambas inclinaciones. Inglaterra, que por lo menos en materia sexual es el pueblo más hipócrita del mundo, es también el más original en lo que a la homosexualidad se refiere. Esta originalidad se manifiesta por medio de las expresiones más brutales, desconocidas o impracticadas en el resto de los países. Lo mismo entre las mujeres de posición social elevada que entre las obreras de las fábricas, la flagelación y el alcoholismo son siempre las circunstancias que acompañan a las prácticas homosexuales. "Como en todo lo que afecta a sus vicios, dice un autor, la hipócrita Albión jamás habla a los extranjeros de los secretos de sus costumbres, a menos que se lleve bastante tiempo viviendo en Inglaterra, pudiéndose apreciar entonces que el amor invertido entre la mujer, practicado con el máximo cinismo y con una grosería y brutalidad repugnantes, existe en todas las clases de la sociedad, lo mismo en la alta, en la media o en las inferiores capas sociales."

Esa frialdad sexual de las inglesas que tanto sorprende a los meridionales, actitud que pretende relacionarse siempre con el clima, no es más que homosexualidad, vicio e hipocresía pura en una palabra. En ciertas casas de prostitución y hoteles de Andalucía pueden obtenerse los más exactos informes respecto de la conducta sexual que observan en nuestro país los turistas extranjeros, especialmente los ingleses de ambos sexos...

VARIEDADES DE LA HOMOSEXUALIDAD

Entre los antiguos egipcios.—Atenienses célebres. Predominio de la homosexualidad en las castas guerreras.—Contra la natalidad.—Las costumbres de los griegos.—Amor socrático.—Las mujeres de la Isla de Lesbos.—La «paidofilia».—El vicio de los Emperadores romanos.—Actitud de las damas romanas.—En la Edad Media.—Las lesbianas de los tiempos de Luis XVI.—Sus estatutos.—El vicio organizado en París y Berlín.—En otros países.

La inversión sexual no se ha diferenciado exactamente del amor homosexual hasta hace muy poco tiempo, hasta el extremo de que la palabra "homosexualidad" no se empleó antes del año 1869, siendo introducida en los diccionarios por un médico alemán desconocido que firmaba sus trabajos con un pseudónimo.

Los antiguos tratadistas decían que en el principio de la humanidad existían tres sexos: el macho, la hembra y el andrógino, respondiendo a estas tres sexualidades las tres especies del amor: el amor entre el hombre y la mujer, el de hombres con hombres y el de las mujeres solas.

Por un pápiro hallado en la tumba de un personaje egipcio se sabe que hace la friolera de tres mil quinientos años la pederastia se practicaba en aquel emporio de civilización que fueron todas las tierras bañadas por el Nilo. Los dioses Horus y Set, a los que alude el pápiro de referencia, eran homosexuales, no sabemos si con carácter "oficial" hasta el punto de representar los apóstoles de una secta secundaria, o solamente con carácter privado. La historia antigua dice muy poco acerca de esta cuestión, aunque en algunos jeroglíficos hallados en Tebas, Menphis y otras ruinas de remotas ciudades se alude a las amistades entre hombres "más fuertes que el amor de mujer".

En la mitología nos encontramos con que Júpiter se entendía con Ganimedes, Hércules con otro dios y por el mismo estilo otros cuan-

tos. Plutarco dice que todos los héroes de la antigua Grecia fueron homosexuales; Aquiles, Hermodio, Aristogiton, Aristómenes, Epaminondas y otros cuantos respetables caballeros reales o legendarios fueron, según Platón, amantes de otros hombres. En las viejas historias japonesas se observa que tampoco desconocían esta clase de relaciones aquellos insignes daimios y samurayes magníficos de virilidad en sus empresas guerreras, y en la remota mitología de muchos pueblos bárbaros figuran hazañas de idéntica significación.

Es extraño que en la antigüedad y aun en los pueblos salvajes actuales el amor entre hombres, es decir, la pederastia, se observe en las castas guerreras que lógicamente han de ser las más viriles del país. Un autor dice que la tendencia homosexual ha florecido, al parecer, principalmente entre guerreros y pueblos belicosos, tales como los cartagineses, normandos, dóricos, escitas, tártaros y celtas.

Entre los *sikhs* de la India y los *afriddis* del Afganistan, hombres viriles y belicosos, sobrios, audaces y de magnífica complexión, la homosexualidad constituye una costumbre nacional, hasta el punto de que sólo pueden practicarla los guerreros, sin distinción de actitudes, ya que tan digno se considera al pederasta activo como al pasivo. Otro tanto ocurre en Nueva Caledonia en las tribus guerreras, y lo mismo se observa entre los kapayos brasileños, los sioux norteamericanos y muchos pueblos de Africa y Asia.

Ahora bien, esta clase de homosexualidad no pasa de ser una costumbre en la gran mayoría de los casos, sin negar que puedan existir excepciones determinadas por el elemento natural de inversión, hecho que, esto no obstante, rara vez se hace compatible con los rasgos psíquicos y físicos de la virilidad de un guerrero. Un psicólogo dice que cuando la homosexualidad no ha encontrado hostilidad moral intensa, "el instinto se ha cultivado e idealizado como una virtud militar, en parte porque contrarresta la nostalgia de la suave influencia femenina del hogar y también porque, al parecer, ejerce influencia inspiradora, promoviendo el heroísmo y exaltando el espíritu de cuerpo". Esta puede ser la explicación de la homosexualidad en las grandes unidades masculinas, perversión que en la mayoría de los casos no se practica por razones de las influencias naturales o congénitas. Durante la Gran Guerra, las trincheras sirvieron de escenario a todas las prácticas homosexuales imaginables, lo mismo que sucede actualmente entre las tropas que guarnece posiciones y campamentos en las colonias y dominios de Europa en Africa y Asia.

En la antigua Creta, según Aristóteles, las prácticas homosexuales estaban legalmente autorizadas con el fin de reducir el aumento de

población, y otro tanto se observa actualmente en ciertas regiones de Oceanía, donde los salvajes no cuentan con grandes recursos para hacer frente a las consecuencias de una natalidad abundante.

Precisamete fué en Grecia donde más se desarrolló la homosexualidad, coincidiendo con el período de su mayor vigor militar, ético e intelectual. La juventud griega no estaba enteramente corrompida; la homosexualidad se practicaba públicamente en los gimnasios, en los paseos, a plena luz del día y en fastuosos banquetes, que terminaban en inenarrables orgías, en las que tomaban parte las personalidades más significadas de la ciudad. El impulso homosexual estaba admitido e idealizado, hasta el punto de que el prestigio y la autoridad eran perfectamente compatibles con la práctica de estos amores, en los que las mujeres no desempeñaban ningún papel.

El amor no formaba parte del matrimonio en ningún caso, y una esposa no tenía derecho a lamentarse de los desvíos de su marido hacia los encantos de los efebos. Al efecto, Sócrates les decía a sus discípulos: "No creáis que los hombres hacen los hijos para gozar de los deleites del amor; existen otros medios de gozar infinitamente más hermosos". Los discípulos de Epicuro desaconsejaban la práctica del amor con la mujer, por considerarlo contrario al interés general, y los estoicos pensaban lo mismo.

La belleza física, la hermosura del cuerpo humano en todos sus detalles representaba para los griegos la máxima atracción y hasta una verdadera religión, cuya deidad era la Plástica. Adoraban las formas, las líneas y los contornos armoniosos que sólo podían hallarse perfectos en el hombre, gimnasta y atleta, ya que la mujer quedaba bien pronto deformada por la maternidad y por los trabajos domésticos bastante rudos, puesto que los hombres y las muchachas jóvenes se esforzaban en adquirir la forma, la belleza y la capacidad necesarias para cumplir con la perfección máxima las funciones reproductoras.

Los griegos, por lo tanto, no eran indiferentes ante las mujeres, a las que fecundaban y hacían madres. Amaban a la mujer, sí, pero era a las cortesanas inteligentes, bellas, limpias y siempre bien cuidadas, y, en fin, mujeres superiores por su espíritu y sus cualidades intelectuales bien cultivadas, que era imposible encontrar en la esposa, madre y esclava del hogar.

Entre las cortesanas existía también la homosexualidad, como sucedía en la famosa isla de Lesbos, donde nació y vivió la célebre poetisa Safo, la cual dirigía una especie de academia frecuentada por lo más selecto de la población femenina de Grecia, que se disputaba las caricias inflamadas de aquella semidiosa. En Lesbos no podían entrar

hombres más que invitados por las safistas a las fiestas que de cuando en cuando se celebraban y que fueron cantadas por los poetas que admiraban en Safo sus cualidades de inteligencia y belleza, amén de un raro talento poético, del que tenemos pruebas en varios magníficos poemas que se han conservado a través de tantos siglos.

Tanto la homosexualidad masculina como la femenina—la perversión homosexual, mejor dicho—se consideraban en Grecia como una costumbre respetable y especialmente honorífica. Este sentimiento social indujo a la casi totalidad de la población griega a adoptar la homosexualidad como un signo de elegancia que se consideró más refinada al principio, puesto que sólo la practicaban las personas de las clases intelectuales que elegían entre los efebos más bellos de los gimnasios sus amantes preferidos. Aquí nació la palabra "pederastia", o, por mejor decir, la "paidofilia" o amor a los niños.

Bloch dice que es muy posible que sólo una parte de los homosexuales griegos fuesen verdaderos homosexuales. "Muy pronto se convirtió en hábito general que el hombre a la par de la mujer, que sólo era la "máquina genésica", buscara el amor espiritual en un joven, porque como para los antiguos no era la mujer más que un cuerpo sin alma y sin individualidad, "el amor al niño les parecía algo completamente natural y moral que no necesitaban, por lo tanto, de disculpas." En efecto, modernamente vemos que los homosexuales masculinos de inversión escasa prefieren a los niños, en los que, hasta cierto punto, concurren esas características de indiferenciación sexual corporal y psíquica. No obstante, tampoco puede decirse que este género de inversión obedezca a poderosas razones congénitas, ya que casi siempre se trata de pervertidos o tímidos que en la inocencia del niño encuentran la garantía del secreto de sus aficiones.

En Roma ya no tenía la homosexualidad las mismas expresiones que en Grecia. En primer lugar, el culto de la belleza masculina no alcanzaba tampoco los mismos caracteres que entre los griegos, ni la condición de la mujer era igual que la de la otra, siempre cerrada en casa entregada a los deberes del hogar y de la maternidad. Los romanos dejaban la amistad a un lado y la homosexualidad a otro, practicandola con esclavos y gentes de la más baja condición. En la Roma imperial se realizaba la homosexualidad mezlada con toda clase de excesos eróticos, dando ejemplo de la mayor depravación los mismos emperadores. Julio César, Tiberio, Augusto, Calígula, Claudio, Nerón, Galba, Tito, Trajano, Adriano, Heliogábalo, etc., fueron acusados por los historiadores de la época como invertidos activos o pasivos. En Julio César, "el marido de todas las mujeres y la mujer de

todos los maridos"—dice Ellis—, los momentos de excesiva actividad sexual coincidían, al parecer, según se observa algunas veces, con períodos de exaltación de su actividad mental. Fué acusado por primera vez, después de una larga estancia en Bitinia con el Rey Nicomedes; después se repitió la acusación muchas veces. César se sentía orgulloso de su belleza física y, al igual de muchos invertidos modernos, se depilaba cuidadosamente el cuerpo para conservar la suavidad de la piel."

En cuanto al emperador Adriano, el amor que profesaba a su esclavo Antinoo, que ha sido inmortalizado en varias esculturas, revela bien a las claras hasta qué extremo llegaban en Roma las pasiones de sus magnates y la tolerancia que existía, a pesar de que muchos escritores condenaban aquellos vicios y corrupciones de toda índole. Acerca de Heliogábalo se sabe que era un verdadero invertido de tipo femenino; se vestía de mujer y así paseaba por las calles extremas de Roma en busca de las caricias de los gladiadores y soldados, que se hacían pagar sus actividades por el emperador, al que, naturalmente, no conocían.

Las damas romanas, de condición libre, puesto que tenían los mismos derechos que los hombres, se libraban a los deleites de la homosexualidad con verdadero ardor. Los establecimientos de baños sobre todo eran los centros de reunión de las sacerdotisas de Lesbos donde tenían lugar las más espantosas escenas de sensualidad. Estas señoras no se contentaban con mujeres, sino que educaban a los niños y a los esclavos, enseñándoles a practicar toda clase de indecencias; a estos auxiliares se les denominaba *fellatores*. Realmente, estas costumbres depravadas, que nunca tenían el fundamento hasta cierto punto espiritual que determinaba el amor griego, influyeron mucho en el derrumbamiento del Imperio, circunstancia que aprovecharon los apóstoles cristianos para imponer su doctrina, que en este aspecto es innegable que llevaba consigo la esencia de la máxima moralidad.

A partir de la decadencia romana, la homosexualidad se extiende por toda Europa, especialmente por Inglaterra y Alemania. En Inglaterra hubo varios monarcas y elevados personajes que fueron acusados de homosexualidad. El proceso de los Templarios envolvió a numerosas personalidades, pues los estatutos de dicha secta, en la que figuraban como grandes maestros el duque de Grammont, el caballero de Tilladet y el marqués de Byron, disponían que todos los afiliados estaban obligados a hacer voto de castidad "con respecto a las mujeres".

En la Edad Media la homosexualidad estaba bastante repartida

por toda Europa; Ordéricus Vitalis dice que el número de sodomitas conocidos en Inglaterra era muy abundante. Guillermo de Nangis, los dos hijos del rey Enrique y todos los nobles que perecieron en el naufragio de la "Blanca Nave" eran sodomitas.

En el siglo XVI parece ser que la homosexualidad estaba considerablemente extendida; con Enrique III aparece uno de los tipos más perfectos de esta anomalía, el cual se entrega a la homosexualidad después de haber adquirido en Venecia una enfermedad venérea, lo que le hizo huir para siempre de las mujeres.

En el XVIII el vicio toma tal extensión, que en los palacios vuelven a repetirse los extravíos de los emperadores romanos. Un hermano de Luis XIII, otro de Luis XIV, el duque de Vandome, el mariscal Villars, el marqués de Gesvres y otros personajes históricos abandonan a sus esposas para correr en pos de los jóvenes pervertidos que tanto abundaban en París. Las mujeres entonces tomaron el mismo partido que sus esposos, y desde entonces ya ninguno de los cónyuges tuvo nada que echarse en cara.

La homosexualidad de la mujer se conocía ya en el sigio VII; en las leyes religiosas de aquella época se especificaba una pena de tres años a la mujer que "fornicase" con otra mujer. Poco a poco se fueron agravando las penas, hasta el punto de castigar el amor lésbico con la pena de muerte. Muller refiere el caso de una mujer llamada Catalina Lincken, que se casó con otra mujer valiéndose de un órgano masculino artificial. Cuando se descubrió la superchería fué condenada a muerte por sodomía y ejecutada en 1721.

También la historia habla del famoso "escuadrón volante" de Catalina de Médicis; este escuadrón estaba formado por varios centenares de muchachas que satisfacían los deseos de su señora, las cuales "no se separaban ni de día ni de noche, viviendo juntas y practicando la única forma de amor que les era permitido". También en los buenos tiempos de Luis XVI se dice que existían verdaderos colegios de lesbianas que se llamaban a sí mismas "Vestales de Venus". Se regían por estatutos bajo cuya garantía se operaban las admisiones; las asociadas pertenecían a las clases sociales más elevadas. Los estatutos, que han sido conservados hasta nuestros días y que se guardan en el Museo de Cluny, de París, como algo terriblemente secreto, contienen los siguiente "razonamientos", que revelan bien a las claras el horror que a estas asociaciones de verdaderas homosexuales inspiraba el amor de hombre: "Una lesbiana es una joven doncella que, no habiendo tenido ningún comercio con el hombre, está convencida de la excelencia de su sexo, encuentra en ella misma la verdadera voluptuosidad pura

a la que se consagra, renunciando al otro sexo tan pérfido como seductor. Aún hay mujeres de edad que, habiendo oído la voz de la Naturaleza y obedecido el mandato del Estado para la propagación del género humano, terminan por arrepentirse de su error, detestan, abjuran los placeres grotescos y se libran a formar entre las discípulas de la diosa de la voluptuosidad."

En estos curiosos estatutos los placeres lésbicos son alabados como conviene a los intereses de la sociedad:

"En virtud de la desdichada condición de la especie humana, nuestros placeres son de ordinario pasajeros y engañadores. Se les persigue, se les obtiene después de muchas penalidades, y como final suele llegarse a consecuencias funestas. Estos caracteres son naturales y frecuentes en las uniones de los dos sexos. Pero en los deleites que obtienen mujeres con mujeres no ocurre lo mismo: éstos son verdaderos, puros, durables y sin remordimientos. No se puede negar que una atracción violenta empuja a un sexo hacia el otro; esto es necesario a la reproducción de la especie. Pero sin este fatal instinto, ¿qué mujer, de sangre fría, podrá librarse a ese placer que comienza por el dolor, la sangre y la maceración de la carne, que es seguido de ansiedades, de disgustos, de incomodidades, de un embarazo de nueve meses, que se termina en un parto laborioso que os tiene durante seis semanas en peligro de muerte, de la que es seguido muchas veces, o también de una larga vida de males crueles e incurables? ¿Puede decirse que todo esto representa un placer verdadero?... Por el contrario, en la intimidad de dos mujeres no hay preliminares aterradores ni dolorosos: todo es placer. Cada día, cada hora y cada minuto esta intimidad puede reanudarse sin inconveniente: son las verdaderas olas del amor, que, como las del mar, se suceden sin acabarse nunca."

Este documento es bastante por sí solo para resumir el grado de verdadera depravación a que se había llegado en los tiempos de Luis XVI, cuya corte, empezando por la reina y terminando por el último servidor, con sus vicios y perversiones contribuyó mucho a allanar el camino de la guillotina en que acabó su vida el desdichado nieto de Luis XV.

María Antonieta, esposa del monarca, estaba "liada" con las señoras de Lamballe y de Polignac, con las cuales se entregó a los placeres de Lesbos durante todo el tiempo de su reinado. Otro tanto sucedía entre las damas de aquella aristocracia corrompida y viciosa, que llegó al apogeo máximo de la sexualidad desencadenada ante la feroz indignación del pueblo, que afilaba sus armas para las memorables jornadas del noventa y tres.

La revolución francesa, que acabó con los excesos cortesanos de aquella época, no pudo terminar con la homosexualidad. Los invertidos, tanto uranistas como viciosos, dieron en reunirse en lugares determinados, hasta el punto de que no había una calle de los barrios aristocráticos de París donde no hubiese un centro de esta naturaleza.

Desde el siglo XVIII hasta el año 1840, en que un prefecto de policía se propuso terminar con aquellos espectáculos, los homosexuales gozaban de una libertad escandalosa, especialmente en las alamedas de los Campos Elíseos en la parte comprendida entre la plaza de la Concordia y la Avenida Montaigne, que entonces se denominaba paseo de las Viudas, porque también se conocía con el remoquete de *viudas* a los pederastas pasivos. "Parecía, dice un autor, como si los homosexuales hubieran tomado en arriendo aquellos parajes de los Campos Elíseos, en los que no se consentía la permanencia a ningún heterosexual, cerrando con cuerdas las avenidas que a ellos conducían y colocando centinelas en las entradas, que exigían la contraseña a todo el que intentara pasar. Ni la misma Policía se atrevía a internarse en aquellas obscuridades."

Se cuenta que al célebre escritor Víctor Hugo le ocurrieron varios lances con estas gentes depravadas, pues por habitar en una calle inmediata a los Campos Elíseos se veía obligado a pasar por allí. El inmortal poeta había observado la presencia de aquellos sujetos que le miraban, de los que no podía pensar que fuesen ladrones, no explicándose su presencia en lugares tan solitarios. Henry Spencer refiere en uno de sus libros la siguiente escena:

"Una noche en que Víctor Hugo iba ensimismado en sus poéticas meditaciones, se vió de repente sorprendido por un hombre que, saliendo de la obscuridad y saludándole cortésmente, le dijo:

"—Caballero, le rogamos que no esté aquí más tiempo. Sabemos "quién es usted y no quisiéramos que uno de los nuestros pudiera mo-"lestarle.

"—¿Pero qué hacen ustedes aquí? Veo todas las noches personas "que circulan por esta avenida y luego desaparecen repentinamente "entre los árboles—preguntó Víctor Hugo.

"—Nada que pueda importarle—fué la rápida respuesta—. No "molestamos a nadie; pero no consentimos que nadie nos moleste. "Aquí estamos *entre nosotros*."

Víctor Hugo comprendió, se inclinó saludando y se alejó. Cuando otra noche fué a pasar con sus amigos por otra avenida paralela a la de las Viudas la encontró interceptada por una porción de sillas que, atadas con cuerdas, formaban un macizo. "¡No hay paso!", gritó una voz amenazadora. Pero otra menos dura añadió amablemente: "Roga-"mos al señor Víctor Hugo que por esta vez tenga la bondad de ir "por el otro lado de la avenida de los Campos Elíseos."

A pesar de que la avenida de las Viudas, cuyo paseo se abría entre un verdadero macizo de floresta, fué edificada, los homosexuales continuaron sus reuniones en aquellos lugares. Bloch dice que en dicha avenida existía un suntuoso hotel donde se reunían los socios de un club uranista, y al que pertenecían personajes de las clases más elevadas de la sociedad, como palatinos de la corte imperial, senadores, aristócratas, banqueros, etc. "En aquellas reuniones actuaban de amantes de aquellos nobles uranistas los dragones de la Emperatriz y los soldados de la Guardia de los Ciento del Emperador, que recibían valiosos regalos en premio de sus favores, de lo cual nació la frase, tan conocida entonces, *faire l'Impératrice* (hacer la Emperatriz). En el hotel habitaban también viajeros desconocidos, a los que sólo se admitía previa la presentación de una medalla con una inscripción misteriosa. Una vez que la policía practicó un reconocimiento en el hotel, encontró un gran número de trajes de mujer parecidos a los que la Emperatriz Eugenia llevaba en las grandes solemnidades de la Corte. Además, se encontraron numerosas cartas a los socios del club y de sus favoritos de los dragones de la Emperatriz y de los Ciento de la guardia del Emperador. Del resultado del reconocimiento se dió noticia al Emperador, que cuando vió los nombres de las elevadísimas personas y de otros de eminente situación en el Imperio que iban a salir a relucir en aquel asunto ordenó que se suspendieran todas las actuaciones, diciendo al procurador general: "Hay que evitar al pueblo y a la nación tamaña vergüenza. El escándalo no corrige a nadie y sólo irroga perjuicios".

La homosexualidad en París ya no está organizada como en aquellos tiempos, aunque aún existen casas de prostitución masculina, cuyos pupilos se prestan indistintamente a los caprichos de los clientes de ambos sexos, y casas de baños en las que ocurre tres cuartos de lo mismo.

Pero la ciudad que se lleva la palma en lo que se refiere a la organización de la homosexualidad es, sin duda alguna, Berlín, Aquí existen clubs, cafés, bares, teatros y toda clase de establecimientos públicos donde los invertidos de toda naturaleza celebran sus entrevistas y, sobre todo, fiestas y bailes de gran espectáculo. Los pasivos visten siempre con trajes femeninos, y al decir de algunos investigadores, en muchos casos no hay inconveniente en asegurar que se trata de verdaderas mujeres, aunque la equivocación es siempre patente.

Bloch dice: "Una especialidad de los locales uranistas de Berlín son las *Soldatenkneipen* o tabernas de soldados, en las cercanías de los cuarteles, donde los homosexuales pagan la consumición de los soldados, y de esta manera entablan conocimiento con ellos. Hay también un *Soldatenstrich,* o sea un sitio determinado al que van los soldados a pasear y a ofrecerse a los homosexuales, que también gustan del trato de los atletas".

Los cosacos del Sur de Rusia, tan viriles y belicosos, lo mismo que el *mujick* sosegado y trabajador, conocen la homosexualidad desde muy antiguo y nunca ha sido un motivo de repugnancia moral en la apreciación de aquellas gentes. Es más frecuente en los jóvenes que en los casados—incluímos a los dos sexos—, y a lo sumo se conceptúan estos actos como pecados sin importancia propios de la juventud.

Este mismo criterio impera entre los aldeanos suizos, y otro tanto puede decirse respecto de Austria y los países balkánicos, menos en lo que a Turquía se refiere, donde la homosexualidad tanto masculina como femenina alcanza las proporciones de una institución nacional.

En otros países más alejados de Europa la inversión o la perversión se entienden de una manera más o menos notable, hasta llegar a China, donde ya existen prostíbulos servidos por jovenzuelos. En algunas regiones donde la prostitución femenina está muy restringida hay cabarets en los que *las artistas* son muchachos de doce a dieciocho años que, vestidos de mujeres, no tienen el menor inconveniente en satisfacer todos los caprichos de la clientela, que no siempre está formada por asiáticos exclusivamente...

El Dr. Morache dice que cuando un rico da una fiesta envía por jovencillos que entretienen a sus convidados con su amena y viva charla. "Estos jóvenes son cuidadosamente educados para esta ocupación y sus cualidades mentales son más apreciadas que sus atractivos físicos. Las mujeres se educan con menos cuidado y son menos estimadas. Después del banquete, los muchachos generalmente regresan a sus casas muy bien pagados. De lo que ocurre después los chinos cuentan muy poco. Parece ser que con frecuencia nace de estas relaciones real y profundo afecto, que comienza por ser platónico y concluye por ser físico, cosa de poca importancia en la opinión de los chinos. En la novela china del amor masculino se encuentran todos los preliminares y transportes del amor natural, terminando la escena, a veces, con la unión física."

Tampoco el Japón se encuentra libre de estos vicios, aunque, justo es decirlo, desde este punto de vista es preciso reconocer que es el pueblo más viril de la tierra. En la provincia de Satsuma, al Sur del

archipiélago, la homosexualidad se practica entre los estudiantes jóvenes, pero más bien al estilo platónico, ya que siempre resultan buenos maridos y fecundos padres que hacen compatible su vida conyugal con los placeres que brindan las prostitutas de los yoshiwaras. La mujer japonesa, especialmente las jóvenes y prostitutas, entablan relaciones francamente homosexuales que se prolongan hasta el matrimonio. No puede decirse que el Japón produzca invertidos congénitos en la misma medida que se observa en el resto del mundo civilizado.

Entre los musulmanes civilizados de las grandes ciudades, la homosexualidad congénita parece ser más común que la pederastia viciosa, que es la modalidad más frecuente en las regiones semicivilizadas. De todas formas, la mujer practica las perversiones homosexuales con más frecuencia que el hombre, hecho que a ellos no les disgusta completamente, sobre todo si están casados con varias, ya que en estas desviaciones inofensivas estiman que existe una garantía de la conservación de la virtud. Igualmente, un poderoso señor musulmán no se molesta lo más mínimo porque sus esposas utilicen las habilidades de los eunucos que actúan de guardianes en los harenes, los cuales desempeñan las mismas funciones que estaban encomendadas a los fellatores romanos, para lo que también se utiliza a las esclavas negras, tan abundantes en los gineceos de Marruecos.

Los aspectos más escandalosos de la homosexualidad profesional pueden observarse en el Sur de Asia, especialmente en Annam y Tonkín. Las autoridades francesas han logrado reducir el espectáculo deplorable que ofrecían los pequeños *nays* y *boys,* a veces de ocho y diez años de edad, que se prestan a todos los caprichos y aberraciones de la sexualidad. En los tiempos presentes no puede decirse que estas perversiones hayan desaparecido, pues resulta que la clientela más numerosa se encuentra entre los soldados europeos que guarnecen aquellas colonias (1).

Como dijo Chevalier en su notable obra acerca de la inversión, libro que mereció las más acres e injustas censuras, el vicio unisexual se encuentra desde el principio, como en nuestros días, en los pueblos salvajes, en las naturalezas más incultas y más primitivas. Remontándonos a otras edades, siempre vemos que la homosexualidad ha existido, aunque resulta difícil precisar si se trataba de la sodomía u otras formas cualesquiera de la inversión. Los documentos antiguos se ocupan de la prostitución masculina, pero esto no quiere decir que ésta

(1) Véanse los volúmenes XXXVIII y XLV titulados *Presidios, regimientos y barcos* y *Costumbres salvajes,* respectivamente.

fuese la única forma de la homosexualidad. El coito anal o bucal llamó más la atención, porque se le encuentra consagrado, honrado y practicado casi religiosamente. Los cultos a los dioses Baal y Moloch entre los hebreos no es otra cosa que la prostitución masculina.

Nada hay tampoco que pruebe que el vicio homosexual se encuentra más extendido en nuestros tiempos que en las épocas más remotas, pues a pesar de las licencia que pueden observarse en las grandes ciudades, no cabe duda que falta mucho para llegar a los mismos aspectos que la depravación sexual ofrecía en Grecia y en Roma.

Lo indiscutible es que la inversión o la perversión sexuales, es decir, la homosexualidad, la encontramos en todos los tiempos, en todas partes, en todas las sociedades, civilizadas o salvajes, sean los que fueren el tipo étnico, la religión o la moral. No es posible decir que la monopolice un pueblo ni que esté circunscrita a una región determinada: lo único que puede afirmarse que en unos sitios está más extendida que en otros y que aquí se la aprecia con más indulgencia que allá. Ni es una invención consciente, ni es el resultado de las civilizaciones superiores: la Humanidad, en lo que al vicio afecta, ni inventa ni perfecciona. Por eso dice el autor últimamente citado, que las sociedades mueren, las religiones desaparecen, las condiciones sociales se modifican y todo cambia, mientras que el vicio original, la sexualidad unisexual y heterosexual del hombre, subsiste por todas partes y subsistirá siempre idéntica sin la variación más mínima que pueda deformar sus expresiones primitivas.

Las variaciones que existen, son epidérmicas y abundantes; pero cuando se trata de la homosexualidad verdadera, el fondo permanece inmutable y los hechos quedan quietos y duran tanto como la vida del individuo y, en algunos casos, llenando el paso sobre la tierra de la mayor parte de su descencia, si es que en un momento fueron capaces de engendrarla, lo que puede ocurrir algunas veces mediante poderosos esfuerzos de autosugestión o en casos en los que la inversión pudo ser relativamente curada.

Con todo esto queremos decir que se trata de un hecho universal de raíces demasiado profundas para que la moral, solamente la moral, pueda desarraigarlas, ya que ni la ciencia misma, mucho más práctica, podrá conseguirlo nunca por muchos esfuerzos que realice en tal sentido.

LOS SENTIDOS Y SUS PERVERSIONES

La influencia de los olores.—El ajo, la cebolla y el vino.—Los aromas orientales.—La sugestión.—El gusto.—Los grados extremos de la degeneración gustativa.—Diferencias entre el olor y el sabor de las secreciones humanas.—La belleza para el homosexual.—Las formas de los órganos sexuales.—Perversiones del oído.—Su mayor frecuencia en las mujeres.—La belleza de la piel.—Atracción del vello.

Todas las impresiones sensoriales adquieren en los invertidos un carácter que se diferencia notablemente de las que experimentan los individuos bien constituídos psicosexualmente.

Si admitimos que la verdadera inversión sexual es un hecho basado en profundas razones biopsíquicas, será necesario reconocer que lo que, a juicio de las personas normales, parece una perversión más que añadir a la que sexualmente ostenta el invertido, no es más que una consecuencia lógica de la inversión base, y, por lo tanto, un fenómeno natural también.

Caufeynon ha estudiado este curioso aspecto de la homosexualidad que no parece haber llamado la atención de otros investigadores, cuando en realidad debe colocarse, en muchos casos, en el primer plano de la actividad del observador.

Entre el invertido masculino y la prostituta se observan muchos puntos de contacto especialmente en lo que al olfato se refiere. Esos perfumes bastos de penetrante aroma que figuran en el tocador de la prostituta lombrosiana, es decir, de la que "nació para eso", suelen encontrarse en las habitaciones íntimas de los homosexuales, ya sean éstos pasivos o activos. La prostituta de baja condición social no es capaz de apreciar la sutileza de un perfume de lujo que parece no impresionar lo más mínimo a su pituitaria, sólo sensible a más intensas sensaciones.

En cambio, el homosexual, que puede huir de los perfumes finos

porque nada dicen a sus nervios olfativos, es capaz de descubrir aromas que le enervan donde un hombre o una mujer sexualmente normales no hallarían el menor rastro oloroso.

La mayor parte de los homosexuales masculinos encuentran que es desagradable el olor de la mujer e incluso repugnante muchas veces, aunque se trata de muchachas jóvenes, sanas y limpias, que un hombre normal encontraría perfectamente adorables por ese solo motivo. En cambio, un homosexual estima que el sudor de un hombre sano y limpio huele no sólo agradablemente, sino que puede conducirle a verdaderos arrebatos de pasión.

En la inversión es muy frecuente el narcisismo, como ya hemos demostrado en otro volumen; por esto se comprende que un invertido, sobre todo si es joven, llegue hasta el extremo de autoexcitarse con el olor de su propio cuerpo al que asocia mentalmente con el de otro hombre que le sirve de perfume completamente afrodisíaco. Las emociones eróticas se manifiestan por una fuete intensidad y modificación de las secreciones, del sudor, por ejemplo, y los olores así producidos obran como poderosos excitantes de la sexualidad hasta el punto de que en sujetos muy sensibles sólo este olor representa el elemento único de excitación y de satisfacción.

En los homosexuales pasivos *auténticos* que ejercen la prostitución masculina, hay una tendencia manifiesta a buscar los olores más repugnantes, tales como los del ajo y la cebolla, que un hombre perfectamente orientado considera incompatibles con su amor en el aliento de la mujer amada, y, viceversa. Esto no quiere decir que el invertido guste en sí de esos olores ni de los mismos alimentos, que siempre procura eliminar de su culinaria. El alcohol—mejor dicho, el "vinazo"—y el tabaco, no los prueban jamás; pero, en cambio, gustan que sus amantes activos exhalen estas verdaderas pestes odoríficas. La prostituta no siempre muestra una repugnancia sincera hacia estos olores en los hombres con quienes trata, si bien hay que decir que sólo se advierte esta preferencia en las mujeres verdaderamente profesionales por motivos psíquicos. En este punto encontramos la explicación de esa creencia, bastante extendida entre cierta clase de hombres, de que la perfecta virilidad sólo puede ser compatible con el "olor a hombre", patente que dan el consumo del vino malo y del tabaco peor.

En todas las *garçonnieres* de homosexuales, sean hombres o mujeres, hay siempre un pebetero o un braserillo cualquiera dedicado a quemar sándalo, mirra, incienso, bolas de Armenia y toda clase de productos cuya combustión produce aromas y vapores densos que en

esa cantidad casi siempre resultan insoportables a las personas bien orientadas en materia sexual. El invertido busca un excitante allí donde el heterosexual encuentra un aroma que sólo en proporciones discretas pudiera decir algo a su sexualidad.

Ahora bien: lo mismo que el homosexual se excita sexualmente con el olor de las secreciones de su propio cuerpo por asociación de esos aromas a la evocación del cuerpo de otro hombre en el cual supone producido el olor que le enerva, es decir, por un esfuerzo de imaginación, así la excitación producida por estos aromas orientales es muchas veces el producto de un alarde imaginativo cuyo origen no es espontáneo, sino esencialmente literario. El homosexual no puede sustraerse a la influencia del hecho más o menos legendario de que el amor refinado en todos sus aspectos, tuvo su origen en Oriente: muchos invertidos deben la revelación de su verdadera naturaleza sexual a la lectura de las narraciones orientales, en las que se alude a todas las voluptuosidades imaginables.

Estas sugestiones adoptan entre los homosexuales la forma de verdaderas epidemias, porque, en realidad, su alma casi femenina o su puerilidad invariable son los terrenos mejor abonados para que fructifiquen estas extrañas semillas. Por esto creo que en infinitos casos esas perversiones olfativas no son sinceras en el fondo de los comienzos de su progreso, aunque al cabo del tiempo llegan a arraigarse de tal forma que adquieren un verdadero prestigio definitivamente fijado que no puede disociarse del sentimiento. Un homosexual escritor de cierta fama, que residía en provincias, era, por decirlo así, el jefe de una partida de ocho o nueve invertidos devotos de la escuela socrática que siempre andaban juntos; casi todos practicaban alguna rama del arte: literatura, poesía, pintura, etc. Cierto día en que este individuo paseaba por un parque, arrancó al azar la hoja de un arbusto que se llevó a la nariz instintivamente.

Ignoro cuál es la denominación de esta planta que he visto en muchos jardines públicos y de la que sólo puedo decir que para el olfato de las personas normales tiene un fuerte aroma a pepino. Es el caso que al invertido de referencia le agradó tanto el olor, que comunicó a sus colegas el descubrimiento. Cinco de ellos no titubearon en afirmar que la aspiración de aquellas emanaciones les producían cierta excitación, mientras los tres restantes decían no encontrar esas mismas sensaciones. No obstante, al cabo de poco tiempo todos ellos aseguraban que las hojas merecían figurar entre los perfumes más refinados.

En los serrallos y harenes turcos y marroquíes donde la homose-

xualidad es una consecuencia natural del abandono en que a estas damas tienen frecuentemente sus señores, las emanaciones del áloe, el ámbar, el sándalo y demás perfumes no faltan nunca en sus orgías lésbicas. Caufeynon dice que ciertas mujeres muy apasionadas prefieren la masturbación acompañada de vapores perfumados a las caricias perversas del amor sáfico.

En cuanto al sentido del gusto, puede decirse que casi siempre está íntimamente ligado al del olfato, siendo sus aberraciones las mismas o por lo menos muy parecidas. Los invertidos prefieren los manjares excitantes y de fuerte sabor: yo tengo noticias de uno que siempre lleva en los bolsillos una abundante provisión de cubitos de caldo concentrado, cuyo sabor, aunque no desagradable, es muy intenso y excitante. Los bombones de licores fuertemente azucarados gozan también de la preferencia de los homosexuales, consumiéndolos en una medida que sería insoportable para el hombre más goloso. Un invertido de treinta años bebía agua de colonia, hecha por él, como hubiera podido ingerir un licor cualquiera. Otro, en cambio, sentía tal atracción por el olor del petróleo, que en varias ocasiones llegó a ingerir dosis peligrosas. En estos casos justo es decir que se trata de sujetos neuropáticos.

Entre los homosexuales morfinómanos, opiómanos, cocainómanos, etc., tan abundantes en Asia y en algunas grandes ciudades de Europa y América, el sentido del gusto descubre sensaciones voluptuosas poderosísimas en las secreciones vaginales propias y con más intensidad en las de las mujeres amadas. Dice un autor que "la pasión de la secreción de una mujer en estado de amor, toma a veces proporciones exageradas, y el orgasmo es provocado en ella nada más que por el gusto de ese líquido que la boca absorbe ávidamente. Esto no es, en suma, más que un instinto animal natural llevado al exceso; mas cuando la perversión es patológica, es cuando el gusto de la secreción pasional se dobla por el gusto de la orina del individuo amado". Esta variación entra de lleno en el índice del fetichismo escatológico, que estuidaremos en el volumen correspondiente.

Tales aberraciones del gusto, aunque desde luego no son muy frecuentes, tampoco puede decirse que sean raras. En los invertidos afectados de delirio pasional, todo su ser, todo su sistema nervioso, tenso por la sola vibración sensual, queda anestesiado para las otras sensaciones. Nada puede disgustarles ni serles repugnante: su ser normal es reemplazado momentáneamente por otro cuyas manifestaciones llegan a la demencia o a la monomanía.

El célebre Krafft-Ebing cita el siguiente caso: "C..., comandante retirado, que murió a la edad de sesenta y siete años, descendía de una familia donde la ligereza, las deudas y el relajamiento de las ideas éticas eran hereditarias. Desde su juventud se abandonó a los placeres más pervertidos, siendo conocido como organizador de toda clase de orgías. De un carácter brutal y cínico, pero severo y exacto en el servicio militar, que hubo de abandonar por un asunto sucio, se dedicó durante varios años a la administración de su fortuna alejado de la sociedad de su rango, en la que no era admitido de buen grado, por lo que resolvió frecuentar el mundo de los cocheros, obreros y concurrentes a las tabernas.

"No se pudo establecer de una manera innegable si tuvo relaciones homosexuales, porque era bastante hábil para ocultar sus aficiones; pero es cierto que hasta una edad muy avanzada se distinguió como organizador de orgías que hasta el fin de su vida le valió una reputación bien merecida de libertino.

"En los últimos tiempos de su vida adquirió la costumbre de estacionarse por las tardes cerca de los edificios en construcción, y eligiendo a los obreros más sucios que abandonaban la obra, les invitaba a acompañarle. Se comprobó que les hacía desnudarse chupándoles los dedos de los pies, por cuyo procedimiento se excitaba sexualmente, satisfaciéndose en seguida".

Estas aberraciones del olfato y del gusto que en sus grados menores resultan completamente naturales, ya que no hay que olvidar que el elemento fetichista forma parte de la sexualidad normal, son en los homosexuales una modalidad frecuente que casi siempre alcanza proporciones tan exageradamente repugnantes como vemos en el caso anterior.

No obstante, respecto del gusto como excitante sexual, es muy poco lo que puede decirse en lo que afecta a las relaciones normales, por lo que cabe afirmar que sólo es en la inversión o en la perversión donde ese sentido aparece más sutilizado y sensible a determinados sabores que seguramente los individuos normales no pueden percibir en la misma intensidad. Aquí parece existir una contradicción con lo que afirmábamos antes respecto de la preferencia de los homosexuales por los manjares de sabor fuerte, puesto que el de las secreciones humanas no corresponde casi nunca al olor que de las mismas se desprende, estando reducido a muy débiles proporciones ácidas, saladas o alcalinas, que siempre queda más atenuado cuando se trata de personas limpias. Por esta razón cabe asegurar que si ese sabor no fuese acompañado de un olor penetrante, la sensación sería nula, ya que el sentido más fuertemente impresionado tiene que

ser el del olfato, en lo que encontramos la razón verdadera de esa contradición aparente.

Acerca de la vista en los homosexuales, también nos encontramos con perversiones muy notables. En primer lugar, aparte del verdadero horror que la mujer les inspira, el rostro más bello raramente les llama la atención, no encontrando en él el menor rasgo agradable. Tampoco les impresiona la belleza de la línea del desnudo femenino, a no ser que se trate de muchachas impúberes cuyas características sexuales estén sin diferenciar de las del varón, constituyendo el tipo andrógino.

Tampoco es la belleza del rostro del hombre, como se cree muy frecuentemente, lo que excita los sentimientos sexuales del invertido; para que esto suceda es necesario que el individuo de rostro de belleza afeminada sea perfecto de línea y siempre más delgado que grueso y alto, además. Hombres que, a juzgar por el rostro, pueden optar a un premio en un concurso de feos, pero en cambio son morenos, altos y bien formados, son los tipos que han enloquecido de pasión a muchos invertidos; así, pues, la belleza suprema que les exalta, es la de las líneas del cuerpo masculino perfecto que encuentran infinitamente superior al de la Venus de Milo.

En segundo lugar, los signos todos de la masculinidad, como la abundante vegetación pilosa del pecho, espaldas, piernas y brazos, es decir, el aspecto más primitivo comparable con el del gorila, tiene para la vista del invertido una fuente abundantísima de emociones estéticas, porque ello representa el contraste con la delicadeza y la blancura de su piel, tan cuidada.

La atracción de los órganos sexuales es también importantísima. Por lo general, para los seres normales, los órganos externos de la generación no se ofrecen nunca bellos, ni interesantes, ni estéticos siquiera: en las reproducciones de desnudos masculinos en la escultura clásica, se advierte el buen gusto estético del artista al reducir exageradamente las proporciones naturales de esos órganos, con lo que si se infiere un daño a la virilidad, no cabe duda que se hace un favor al buen gusto. En cambio, el homosexual, desde niño, o, por mejor decir, el niño que está predispuesto a la homosexualidad pasiva, expresa siempre la más viva curiosidad por ver las desnudeces masculinas, centrando toda su atención en los órganos de la virilidad. Conozco el caso de un niño de seis años que tenía un cuaderno lleno de dibujos reproduciendo miembros viriles completos, advirtiéndose la tendencia diametralmente opuesta que sustentan los escultores de la escuela clásica.

En algunas criaturas el afán de ver los órganos genitales de los hombres alcanza las proporciones de una verdadera obsesión; se refiere el caso de un chiquillo de seis años que permaneció una noche entera escondido en un corral, con tal de poder ver a un hombre de su familia cuando fuese a orinar, cuyo era su primer acto nada más levantarse de la cama.

Ciertos invertidos llevan su perversión hasta el punto de erigirse en adoradores del dios Príapo, como los antiguos paganos; pero no porque la imagen fálica sea el símbolo de la reproducción, como ocurre en este mito, sino por el propio miembro viril, al que idealizan de tal forma que termina por no parecerse en nada al órgano que dibujan o hacen construir con arreglo a unos cánones falsos y arbitrarios. Un homosexual que era dibujante, se había hecho fotografiar los genitales después de haberlos adornado con cintas de seda, hilos de metales preciosos y dibujos imitando tatuajes.

Yo he visto varios dibujos de un homosexual que fué detenido por escándalo por la Policía francesa, en los que se reproducían figuras de varios hombres, un poco estilizadas, pero sin apartarse gran cosa de la realidad. En cambio, los órganos genitales, desproporcionados por su gran tamaño, adoptaban unas formas inadmisibles. Preguntado por uno de los inspectores acerca de aquella extraña forma, el invertido afirmó muy convencido que él lo veía así, y que no se explicaba cómo el inspector podía hacerle tal pregunta. No cabe duda que el individuo en cuestión se hallaba imposibilitado en absoluto para percibir en la retina las impresiones reales de aquel objeto que resultaba extrañamente deformado por su imaginación invertida. Se le sometió a un detenido examen del órgano visual, lo que, naturalmente, no dió ningún resultado. También se le hizo reproducir una jarra de cristal y una imitación perfectísima en caucho de un miembro viril, rogándole que lo hiciese con fidelidad absoluta, lo que le libraría de un arresto de doce días. El invertido reprodujo la jarra con una perfección magnífica, pero no sucedió así con la imitación del falo, cuyo dibujo al pastel copiaba exactamente el colorido, pero no la forma en toda su pureza ni tampoco las proporciones del balano, el anillo prepucial y el cuerpo peniano. Fué puesto en libertad convencido el inspector de que jamás podría conseguir que el invertido diese a aquel objeto su legítima interpretación.

Otro de los aspectos que la vista pervertida del homosexual idealiza muy frecuentemente viendo en él rasgos de belleza, que realmente no existen, es el bigote y la barba. A pesar de que cada vez

va siendo más raro un hombre con barba, los homosexuales se complacen en imaginar sus "tipos" a base de estos apéndices. Conozco un poema, muy mal escrito, pero que refleja una gran sinceridad por parte de su autor, invertido congénito—y hasta creo que hereditario—, dedicado a la perilla de un célebre jefe de la Aviación militar italiana.

La vista de los invertidos masculinos es más impresionada por los coloridos que la del hombre heterosexual. En las producciones pictóricas de ciertos homosexuales se advierte el predominio de los colores brillantes entre los que apenas si aparece la media tinta. El color preferido es el verde, especialmente en las corbatas, pañuelos, bordados de la ropa interior, etc. Esto no es nuevo, puesto que en Roma los invertidos acostumbraban vestir de verde, por lo que se les llamaba *galvanati*. Chevalier dice que en París se detuvo a una banda de invertidos que usaban como distintivo corbata verde.

En cuanto al mismo fenómeno en la mujer, no parece que las sensaciones visuales alcancen ese grado de perversión que en el invertido masculino. Tampoco la belleza del rostro es para las invertidas activas un motivo de atracción, como ya hemos dicho en otro capítulo. La pasiva, es pasiva hasta en este aspecto, aunque encuentra cierta belleza en los rasgos hombrunos del cuerpo de su amante activa; no obstante, cuando se trata de esas mujeres excesivamente femeninas, su concepto de la belleza es idéntico al de un hombre normal que guste de los tipos estilizados. Todas las escenas de la homosexualidad, por groseras que sean, tienen cierta belleza para los homosexuales de ambos sexos. En muchos invertidos se observa determinada preferencia por presenciar los actos de la micción y la defecación, pareciéndoles bellos los excrementos tanto por su color como por su forma.

Hay autores que afirman la existencia de ciertas perversiones del oído en los invertidos, muy especialmente en las mujeres. Se citan casos de algunas que se sienten excitadas ante el ruido que produce un chorro de orina al caer en un recipiente cualquiera, por el sonido de la campanilla en el oficio de la misa, por la voz de los predicadores, etc. Algunas veces, en cualquier sonido continuado e inacorde, descubre el homosexual notas de belleza insospechada; una mujer de treinta años que habitaba en una calle por la que pasaba el tranvía describiendo una curva se sentía excitada ante el chirrido, al decir de ella delicioso, que las ruedas del vehículo producían al pasar por la curva.

Llegamos, por último, al tacto, el sentido que más importante

papel desempeña en la práctica de la sexualidad, el menos intelectual y el que más variabilidad presenta a través de los pueblos.

Entre los homosexuales masculinos, por lo general, casi todas sus satisfacciones psicoeróticas se limitan a las sensaciones táctiles más o menos acentuadas. El pasivo que encuentra un amante en un hombre peludo, de piel áspera y dura, dice que no hay nada más bello que puedan acariciar sus manos. Generalmente los toques se dirigen hacia la región genital, al pecho y a las axilas, siendo el pelo uno de los principales motivos de atracción. A una mujer normal raramente le resulta agradable el contacto íntimo con un hombre velludo, aunque admire en él todas las cualidades de la virilidad; en cambio, no hay un solo invertido pasivo que desdeñe esos contactos ni que encuentre, aparte de la línea, motivos más intensos de excitación.

La mujer homosexual activa aprecia en el cuerpo de su amiga los mismos caracteres que son adorables para el heterosexual, si bien muestra una preferencia más destacada por la zona genital que la que siente el hombre. Esto se explica porque la invertida activa practica casi siempre el safismo, por lo cual esas maniobras táctiles sirven para excitarla a ella más que a la acariciada, que permanece insensible hasta que se efectúa el contacto sáfico.

EL FALSO HOMOSEXUALISMO

Cómo se adquiere la homosexualidad en los primeros años.—La base congénita de la bisexualidad.—Influencias de la sugestión.—El afán de variación.—Perversión por contagio.—¿Quiénes son seducidos?—Los desengañados del amor normal. El contagio del sexo.—El hombre entre mujeres y la mujer entre hombres.—Diferencias de la actividad homosexual.—El falso hermafroditismo.—Las mujeres que viven como hombres.—Un caso.

Ni son todos los que lo parecen, ni lo parecen todos los que lo son; unos, como hemos visto, son homosexuales porque la Naturaleza lo dispuso así; pero hay muchos, infinitos, que, o son pervertidos, es decir, que han adquirido la homosexualidad, o son viciosos heterosexuales que, imitando la conducta y los ademanes de los invertidos auténticos, son más dignos de la acción de la Policía que de la atención de la ciencia, y en todo caso, merecedores del desprecio y la condenación de la sociedad.

Me decía un invertido en cierta ocasión que su causa estaba perdida por el predominio de los falsos homosexuales, "fauna odiosa e improductiva que constituye una verdadera tara social". Esta "fauna" es un producto de la civilización que no se encuentra en los pueblos salvajes, donde la inversión se basa en los mismos ideales y conceptos que tenga el supercivilizado.

No obstante, siempre hay que tener presente que todo individuo está formado de un 50 por 100 de masculinidad y una proporción idéntica de feminidad, teoría que ha sido aceptada por muchos autores, en cuyo caso ya casi no es posible diferenciar la homosexualidad falsa de la verdadera o congénita. Esta bisexualidad que se acusa con caracteres más destacados en el período de la pubertad que precede a la revelación completa del instinto sexual se manifiesta en la parte psíquica—puesto que fisiológicamente los cuerpos ofrecen muy pocas diferencias—"en un ligero matiz de virginal doncellez en

el niño y en la existencia de ciertos caracteres masculinos en la niña", como sostiene un investigador; el tipo del adolescente soñador y el de la niña traviesa constituyen los síntomas iniciales de la bisexualidad natural, es decir, de ese carácter que todos los seres exhibimos cuando no sabemos qué hacer con los impulsos del sexo.

En estas condiciones no cabe duda que el individuo indiferenciado presenta el aspecto de un terreno magníficamente abonado para que en él fructifiquen toda clase de semillas, lo mismo las buenas que las malas. Es la época en que el traumatismo psíquico que ya hemos analizado en diversas ocasiones determina el camino que el sujeto habrá de seguir en el futuro de su existencia sexual. Supongamos, por ejemplo, que se trata de un varón de ocho a diez años, de aficiones naturalmente masculinas, bien educado en el seno de una familia honesta, etc. Este niño está al cuidado de un criado homosexual que, a modo de juego, un día cualquiera, le masturba, le abraza, le manosea los genitales, y, en resumen, le excita sexualmente. En estos juegos lo mismo el criado que el niño experimentan el orgasmo, lo que para el chiquillo representa la revelación esencial de su instinto. Como las sensaciones percibidas son siempre agradables y en esa edad la conciencia no está preparada para reaccionar debidamente, el chiquillo procurará reptir la escena, cuyas fases van plasmándose en su psiquismo sexual con caracteres cada vez más profundos. El niño, en virtud de esa necesidad de variación sexual que es instintiva en el hombre, acabará por cansarse de la intimidad con el criado, pero no de los placeres que aquélla le proporcionó. Es posible que él mismo tome la iniciativa con otros individuos, cuyos casos se observan con mucha frecuencia, y del que es un ejemplo el siguiente observado por mí:

Un niño de once años que había sido iniciado por un cochero homosexual empezó a estudiar con un profesor particular que le daba las lecciones en su domicilio en unión de otro niño de edad aproximada. A los cinco o seis días de aquella intimidad, el profesor notó que el niño de referencia se aproximaba mucho a él, procurando ponerle la mano en los muslos. Al principio, el profesor no concedió ninguna importancia a aquel gesto, hasta que el pervertido niño llegó al extremo de tocarle los genitales.

El profesor puso el hecho en conocimiento del padre, el cual encargó al profesor, que había estudiado Medicina, que procurase investigar las causas de aquella perversión; no tuvieron otro origen que los hechos expuestos anteriormente y que hemos tomado como ejemplo por ser muy frecuentes y casi generales.

En las niñas sucede otro tanto, si bien en muchos casos, en edades más tempranas que en el varón, en virtud de los manejos masturbadores que muchas niñeras realizan con las criaturitas para callarlas o hacerlas dormir.

Así, pues, el traumatismo psicosexual se evidencia con todos sus caracteres en la inmensa mayoría de los casos, hasta el punto de que el niño o la niña no comprenden que las relaciones heterosexuales puedan ser más ricas en emociones que esas intimidades que se establecen entre individuos del mismo sexo con más confianza y naturalidad que las heterosexuales, porque sobre la amistad nunca pesaron los prejuicios tanto como en el amor normal.

En estas condiciones, no cabe duda que la homosexualidad se adquiere, o, por mejor decir, que no es congénita, suponiendo, naturalmente, que así sea. Pero si no olvidamos que la composición del organismo psicosexual del individuo tiene esas partes iguales que hacen la bisexualidad, ¿puede decirse, terminantemente, que la homosexualidad determinada por esos traumatismos no tiene un fondo biológico fundamental?...

Ahora bien, dejemos que la época crítica de la pubertad pase y el niño o la niña adquieran la conciencia y la responsabilidad plena de su sexo. Suponiendo a ambos en este caso, nada de particular tiene que se entablen amistades tales como las que se desarrollan en los colegios e internados, seminarios, conventos, etc. La represión del instinto sexual en lo que afecta a sus manifestaciones normales es relativamente fácil en los jóvenes cuando se hallan en libertad para realizar determinadas tentativas, pero resulta absolutamente imposible cuando se trata de colectividades en las que el mal ejemplo cunde con más rapidez que las teorías sexuales sanas.

Esas amistades adquieren bien pronto un carácter íntimo excesivo—más frecuentemente entre las muchachas—, llegando hasta el extremo de convertirse en verdaderas pasiones en las que la satisfacción sexual toma la forma de la masturbación recíproca. Por lo general no hay distinción de activos ni pasivos, sino que la actividad es uniforme. Llega la época de las vacaciones o de la salida definitiva del internado, y entonces, por lo general, el individuo, que no ha perdido el instinto de la heterosexualidad, se orienta en el buen camino, y aquí no ha pasado nada.

Mas volvemos al punto de partida: ¿y si el fondo de bisexualidad representó un terreno abonado para que prosperasen las energías opuestas al sexo? Entonces, indudablemente, la homosexualidad se habrá adquirido, pues aunque el fondo abone en pro de una re-

mota inversión congénita, el desarrollo intelectual ya es a esas edades todo lo vigoroso que es preciso para diferenciar claramente los impulsos y para oponerse al progreso de las inclinaciones anormales.

Puede deducirse de todo lo dicho que, suponiendo la existencia de esa bisexualidad por partes iguales, las tendencias pervertidas podrán reprimirse con tanta mayor facilidad cuanto más sea la edad del sujeto. Por esto hay que afirmar que cuando se trata de individuos bien constituídos intelectualmente, la homosexualidad es más falsa que verdadera, por mucho que queramos investigar en las razones biopsíquicas.

Otro factor importantísimo en la homosexualidad adquirida por la continua relación unisexual es el tiempo que duren dichas prácticas. Por eso en los presidios se forman infinitos homosexuales de ambos sexos que al cabo de varios años de práctica constante llegan a perder el instinto de la heterosexualidad hasta el extremo de no diferenciarse en nada de los invertidos congénitos. Esto mismo se observa en la homosexualidad de las prostitutas a que ya nos hemos referido, si bien los factores que lo determinan son diametralmente opuestos a los que dan lugar a la inversión en los presidios.

Se ha discutido mucho hasta qué punto puede influir la sugestión en la adquisición de la homosexualidad, sobre todo en edades en las que el impulso sexual se manifestó normalmente. Cuando esto ocurre, no cabe duda que es el vicio o el afán de variación lo que impulsa a muchos hombres a "probar" la modalidad que siempre se le ofreció perfectamente inmoral o repugnante. Casi siempre también se trata de individuos hastiados de su heterosexualidad, y a veces de alcoholizados o viciosos de otra naturaleza que hacen la prueba primera en estados de relativa inconsciencia, valiéndose de sujetos invertidos o profesionales de la homosexualidad que pueden encontrarse en iguales condiciones mentales o bien en el pleno dominio de todas sus facultades volitivas.

Entre los clásicos "juerguistas" que giran alrededor de las mujeres y el vino, la homosexualidad por contagio es más frecuente de lo que parece. En una ocasión, un joven heterosexual que era bien conocido por su afición normal a las mujeres y su devoción a Baco, entabló amistad con un homosexual que le acompañaba a todas partes, gastando dinero a manos llenas. El invertido procuraba embriagarle, y de acuerdo con el ama de un prostíbulo, el joven pasó dos veces por mujer sin darse cuenta de su papel. Un día, al despertarse completamente sereno, se encontró compartiendo el lecho

con su amigo y una prostituta por quien el muchacho mostraba preferencia.

Por ciertas frases comprendió todo lo que había pasado, lo que no pareció disgustarle, por lo que accedió a los deseos del homosexual, realizando el acto de sodomía en su papel pasivo. Desde entonces descubrió sensaciones más intensas que las experimentadas en el amor heterosexual y al poco tiempo se instaló en un piso que le puso su amigo con el que vivió por espacio de tres años.

Se refiere por un autor el caso de un médico heterosexual muy aficionado a las mujeres, el cual recibió la consulta de un invertido que, deseoso de curarse, expuso al médico todas las circunstancias de su inversión sin omitir lo referente al carácter de sus sensaciones eróticas. El propio médico confiesa que aquella confesión le impresionó tanto, que llegó, en virtud de la sugestión, al extremo de practicar la homosexualidad, cuyo vicio no consiguió desarraigar en muchos años.

En otras ocasiones las causas de la perversión son bastante más artificiales, por decirlo así, contribuyendo en gran parte la sugestión que sobre individuos normales puede ejercer otro de elevada mentalidad, notable o célebre por sus aptitudes artísticas o de otra índole semejante. Esto ocurre con mucha frecuencia entre los jóvenes que se agrupan en torno de un escritor, de un pintor, de un artista cualquiera que sea invertido, al que naturalmente admiran por su talento pretendiendo emularle en todas las actividades de su personalidad. Hace algunos años tuve ocasión de conocer varios casos de homosexualidad "por imitación"; se trataba de un escritor invertido que se puso de moda en determinados cenáculos literarios, al que siempre seguían media docena de muchachos escritores y aficionados, los cuales, para "llevar la corriente" al maestro—según me dice uno de ellos—, aun sin comprender la homosexualidad, por lo que sentían verdadera repugnancia, procuraban informarse acerca del significado del amor griego, la pasión socrática y otras cuantas perversiones más o menos literarias de cuyas narraciones estaban formadas casi siempre las disertaciones orales del escritor.

Poco a poco fué infiltrándose en el ánimo de esos jóvenes la aversión que hacia la mujer expresaba el escritor, el cual no podía ocultar el disgusto que le producía el saber que alguno de sus satélites tuviese relaciones heterosexuales. En cierta ocasión organizó una fiesta en la que no tomaron parte más que invertidos, desde el amo de la casa hasta el último camarero que sirvió la comida, pasando por los músicos y demás elementos de la servidumbre. Los únicos

heterosexuales eran los invitados, ocho en suma. Tres de ellos, francamente asqueados, se despidieron del dueño de la casa para no volverle a ver más; pero los cinco restantes no tuvieron inconveniente en participar en la fiesta, cuyo final fué una extraña ceremonia de iniciación que mi informador describe en términos que no debo reproducir, ya que allí se cometieron los actos más repugnantes de la depravación homosexual.

En este caso de sugestión colectiva, ya que se trata de ocho individuos, es fácil observar que la influencia no fué ejercida por igual, aunque según mis informes todos ellos eran heterosexuales, a excepción de uno, del que se tenían noticias que no le eran nada favorables en el juicio de sus compañeros.

Tres de ellos, entusiastas admiradores del talento literario del homosexual aludido, no cabe duda que estaban perfectamente orientados, puesto que la repugnancia que les produjo lo que llegaron a presenciar, se sobrepuso a la admiración que profesaban a su amigo y maestro, mientras que los cinco restantes no manifestaron el menor escrúpulo ante las mismas escenas, y, lejos de esto, acabaron de identificarse con los gustos de su iniciador.

Algún autor es fácil que tratase de justificar la actitud de estos jóvenes ateniéndose a la bisexualidad originaria y diciendo que el ambiente había operado la revelación de ciertos instintos homosexuales latentes y más o menos ocultos en los repliegues de la heterosexualidad. Pero esta conformidad, francamente, es inadmisible, por lo menos en cuatro de los individuos a que me refiero, de los que se sabía que ya tuvieron frecuentes relaciones con mujeres. Ellis es de esta opinión, que no compartimos, cuando dice: "Es muy improbable que la seducción—que a veces es un acto escueto y desconsiderado de mera satisfacción sexual—pueda producir ninguna afición o inclinación a la homosexualidad; en individuos que no están predispuestos es más probable que produzca disgusto". "Solamente es seducido—dice Moll—quien es capaz de ser seducido". No cabe duda que con frecuencia sucede en estas "seducciones" lo mismo que en las más normales, que la víctima ha realizado una invitación al acto, voluntaria o involuntariamente".

Resulta verdaderamente extraño que el hombre que durante la época de mayor actividad sexual demostró hallarse perfectamente situado, degenere por los cauces equívocos de la homosexualidad en virtud de esas razones que Moll aduce. Una prueba de lo inexacto de ese razonamiento la tenemos en el hecho de que el invertido que logra curarse de su *vicio*—no puede denominarse de otra manera, aunque las palabras "invertido" y "vicio" signifiquen estados distintos—, tiene casi siempre en su historia episodios heterosexuales, lo mismo que el invertido congénito sólo muy rara vez es susceptible de ser llevado al camino normal, porque realmente jamás practicó la sexualidad lícita.

El que ha llegado a la inversión completa después de la heterosexualidad, a pesar de sus antecedentes primitivos, no se diferencia en nada del homosexual congénito de larga experiencia, a no ser por el resultado de un tratamiento meticuloso que siempre pondrá de relieve la verdadera naturaleza original. Luego a la conclusión de Moll puede oponerse esta otra: Solamente puede ser curado aquel que *ha sido seducido*. Con esto queremos decir que la seducción, esto es, la sugestión, puede ejercer sus efectos independientemente de la predisposición del individuo, que no en todos los casos acepta las formas de la homosexualidad con verdadera complacencia, sino que las admite por "sport", por afán de variación, o, como en el caso de los satélites citados, por el influjo de un ambiente propicio y cargado de estímulos enérgicos, que nunca actúan por igual sobre todas las mentalidades.

No hay duda que puede empezarse por curiosidad y que esta curiosidad suele dar lugar al nacimiento de un hábito que en individuos de carácter débil llega a arraigarse a tanta profundidad como lo esté cualquiera otra anormalidad congénita: pero esto precisamente es el vicio, la perversión, lo que carece de bases naturales como, al fin y al cabo, es la inversión congénita. Y he aquí un caso:

Un individuo de veintisiete años, hacía dos que practicaba la homosexualidad en su forma activa, porque habiendo estado enamorado apasionadamente de una mujer que le traicionó, juró no volver a acercarse a ninguna, llevando su odio hacia el sexo contrario, "hasta donde fuera preciso", con lo que quería decir que antes de caer encima de una mujer, sería capaz de echarse debajo de un invertido. Fiel a su juramento, un día probó con un profesional de Barcelona que le produjo la impresión completa de una mujer, y desde entonces, cada vez que el instinto le acosaba, iba en busca de aquel invertido al que llegó a tomar afecto, por tratarse de un individuo de distinguidos ademanes, a pesar de lo repugnante de su profesión. Poco a poco ese afecto se convirtió en pasión, hasta el punto de instalarle en una pensión que el desengañado de las mujeres le pagaba puntualmente a más de pasarle una cantidad mensual para sus gastos.

Este caso llegó a conocimiento de los amigos del vicioso, los cuales le reprocharon su proceder muy duramente. Un año permaneció

en aquel plan, hasta que el invertido abandonó a su protector y amante, seguramente por las amenazas que le hicieron los amigos de éste. Pero es lo cierto que el hábito de la pederastia activa se había arraigado tanto en la sexualidad del joven, que la Policía le incluyó en sus ficheros. Afuerza de reconvenciones de los amigos, se dirigió a un especialista francés de Perpignan, quien mediante un inteligente tratamiento psicoterápico le desarraigó aquel *horror feminae*, que desapareció por completo mediante un matrimonio feliz.

Un autor da la explicación de la homosexualidad adquirida en estas condiciones, diciendo: "Una causa excitante de la inversión, a la cual se concede de ordinario poca importancia, es el desencanto amoroso. Sucede que un hombre, cuyo instinto homosexual es todavía latente, o, por lo menos, está reprimido, trata de establecer relaciones amorosas con una mujer: estas relaciones pueden ser mutuamente ardorosas, o solamente de parte de uno de los dos; pero debido a la homosexualidad latente del amante, estas relaciones se extinguen, se quedan en lo hablado, como vulgarmente se dice.

"Estos desencantos amorosos, en forma más o menos aguda, ocurren a casi todos los enamorados. Pero en las personas aludidas constituye un motivo suficiente para disgustarlas con todo el sexo opuesto e inducirlas a dedicar su atención a los individuos de su propio sexo. Es evidente que el instinto que tan fácilmente puede virar, debe ser muy débil, y es probable que en algunos de estos casos el episodio de amor normal sirve sólo para convencer al invertido de que no está formado para esa empresa".

Hay casos curiosísimos en los que la perversión se adquirió por "contagio del sexo", y por individuos en quienes si pudiera decirse que ya estaban predispuestos, es posible asegurar también que practicaron relaciones normales.

Esto se observa más comúnmente en el hombre que en la mujer, aunque desde luego no es raro en ésta. Sinceramente, yo creo que a pesar de la heterosexualidad, debe de existir un principio homosexual más o menos oculto que determina la perversión, si bien parece extraño que una gran mayoría de pervertidos de esta naturaleza no ofrezcan los síntomas de su inclinación hasta después de un cierto tiempo de estar sometidos a esas influencias. Nos referimos, por ejemplo a los casos de jóvenes que trabajan en talleres donde predominan mujeres, tales como los "botones" de las casas de confecciones para señora, recaderos de conventos de monjas exclaustradas, de colegios, casas de prostitución, etc.

No cabe duda que el ambiente se presta a la operación de estas transformaciones, cuando en realidad debiera suceder todo lo contrario. Este es un fenómeno muy frecuente aunque poco estudiado por los investigadores de la homosexualidad.

Otro aspecto que no es menos interesante es el de la perversión de ciertos individuos que se dedican a profesiones que permiten una relación constante con mujeres, como modistos, peluqueros, pedicuros, masajistas y otros semejantes. No obstante, es raro observar entre las mujeres el mismo fenómeno, lo que sin duda es debido a la menor intensidad del impulso sexual femenino por una parte, y por otra a las facilidades que una muchacha tiene de practicar la sexualidad normal cuando trabaja rodeada de varios hombres. No obstante, puede decirse que un joven que vive entre mujeres se afemina tanto como puede masculinizarse una muchacha que esté en las mismas condiciones con relación a los hombres, si bien el afeminamiento del varón se resuelve en la homosexualidad pasiva con más frecuencia que la virilización de la joven deriva hacia la actividad sexual pervertida, anque su aislamiento de otras mujeres sea muy prolongado. En todo caso, la influencia se manifiesta más en los gestos externos que en los sentimientos íntimos, que casi siempre se conservan íntegros por muy fuertes que sean las excitaciones. Es decir, para expresar con más claridad estas diferencias, que una joven situada entre varios hombres corre menor riesgo de caer en la homosexualidad que si esa familiaridad tuviese lugar entre mujeres, mientras que el hombre que está en el mismo caso, esto es, entre personas del otro sexo, acaba por adquirir la homosexualidad pasiva y jamás activa.

La falsa homosexualidad en la mujer es más frecuente que en el hombre, si bien no es fácil observarla con el mismo detalle. Los actos de safismo y tribadismo no pasan de ser un sustitutivo del comercio normal, a no ser que se trate de neuróticas. Cuando estas prácticas viciosas adquieren cierto arraigo, el contacto heterosexual no tiene grandes encantos para la pervertida: es lo mismo que ocurre con respecto de la masturbación.

Las mujeres afectadas de hipertrofia del clítoris son, en su mayoría, pseudohomosexuales activas. Este hermafroditismo aparente ha dado lugar a numerosos errores, pues en infinitos casos mujeres que tenían el clítoris desarrollado con exceso y los grandes labios unidos de tal forma que semejan un escroto, fueron educadas como hombres y hasta llegaron a contraer matrimonio con mujeres perfectamente constituídas. En este caso, cuando el instinto se manifiesta independientemente de la formación de los órganos, aquel supuesto hombre se inclina hacia el en realidad sexo opuesto, es decir, hacia

el hombre. El hipospadias en el hombre se presta también a una falsa interpretación del sexo, creyéndosele mujer; igualmente la tendencia natural estriba en relacionarse con mujeres.

Con referencia a estas extrañas anomalías, dice Iwan Bloch lo siguiente: "En estas clases de hermafroditismo pueden darse las más diferentes posibilidades anatómicas y fisiológicas, en lo que interesa a las relaciones entre las características sexuales secundarias y el carácter anatómico de las glándulas genésicas; al equivalente menstrual en los hermafroditas masculinos, a la relación entre el instinto sexual y las glándulas de la generación, a la mayor o menor intensidad del instinto sexual, los flujos sanguíneos periódicos en los hermafroditas masculinos y a ciertas perversiones sexuales, etc."

Conozco un caso de pseudohermafroditismo en una mujer de treinta y dos años, que vivió como hombre hasta los diecisiete. Siempre fué de carácter tímido a pesar de su apariencia: era fuerte, robusta, inteligente y muy sensible ante las desgracias y dolores ajenos. Gustaba poco de la sociedad de sus compañeros de colegio, y no se atrevía a reunirse con las niñas y muchachas de su edad para que sus condiscípulos masculinos no la hiciesen víctima de burlas y acusaciones. Confiesa que siempre hubiera preferido jugar con muñecas en vez de imitar a sus amigos que se mofaban de ella, ya que pasaba por muchacho, en virtud del desarrollo de sus pechos y la forma completamente femenina de todo el cuerpo, especialmente los brazos y piernas.

Refiere que jamás quiso confesar a nadie el hecho de que ella no orinaba "por el mismo sitio que los otros muchachos", viéndose obligada a hacerlo en la forma que lo realizaban las mujeres. Pocos días antes de cumplir los diecisiete años, una hemorragia bastante abundante la impresionó mucho, diciéndoselo a un hermano mayor, el cual puso el hecho en conocimiento del médico del pueblo, quien al examinarla los genitales descubrió su verdadero sexo. Desde entonces menstruó regularmente, y no hubo más remedio que promover un expediente para que en el Registro civil se la reconociese su personalidad.

Nunca experimentó deseos sexuales hasta los veinte años, aunque algunas veces se masturbó, por curiosidad, en la forma que lo vió hacer a sus compañeros, pero las sensaciones que experimentaba no eran lo suficientemente interesantes para inducirla a realizar con más frecuencia aquellos manejos, que siempre iban seguidos de fuertes dolores de cabeza.

El clítoris aparece muy desarrollado con una ligera curvatura hacia abajo, y el prepucio se desintegra con bastante facilidad, dejando al descubierto un glande puntiagudo. En estado de flacidez, el aspecto es el de un pene de reducidas dimensiones, como, por ejemplo, el de un niño de seis años. Los grandes labios se asemejan completamente a un escroto, aunque, naturalmente, no existen testículos ni cualquier adiposidad dura que por la palpación pudiese hacer presumir la existencia de unas glándulas atrofiadas: son tejidos carnosos y blanduzcos, seguramente menos consistentes que los grandes labios de una vulva normal. En un principio no tuve inconveniente en afirmar que se trataba de un hipospadias, ya que me mostraron dicho caso de forma que el individuo estaba cubierto de pies a cabeza, sin dejar visible más que la zona genital, apareciendo el clítoris encapuchado por el prepucio: mi sorpresa fué grande cuando comprobé que se trataba de una mujer perfectamente formada. (Lámina IV.)

La abertura vulvar es reducidísima; no existen pequeños labios ni membrana himenal, y la vagina tiene una profundidad de tres centímetros por uno de diámetro. La vegetación pilosa es muy escasa y más clara que el cabello y el pelo de las áxilas. En cuanto a los órganos internos, el útero es del mismo tamaño que en una niña de diez años, y los ovarios, de trompas cortas, en la misma proporción.

En la actualidad mantiene relaciones homosexuales con una invertida, pues el impulso es normal desde la edad que citamos más arriba. Un médico la propuso la creación de una vagina artificial, pero ella se opuso, aunque algunas veces siente irresistibles deseos de practicar el acto con un hombre, lo que ha intentado varias veces sin éxito completo, ya que la penetración la produce dolores insoportables.

En este caso, la homosexualidad ha sido aceptada como fórmula única de satisfacción erótica, lo mismo que los hombres libertinos practican la pederastia pasiva, por ser el ano una zona erógena. Por lo general, el pervertido—que ya hemos aprendido a diferenciar del invertido—, acepta lo mismo la parte activa con la mujer que la pasiva con otro hombre, por lo que puede decirse que ésta es la verdadera bisexualidad erótica.

La frecuencia de esta perversión es más común en la mujer que en el hombre, hecho que se observa en todos los países desde los tiempos más remotos, y mucho antes de que entre las mujeres griegas se pusiesen "de moda" las teorías y prácticas que la poetisa Safo enseñaba a sus discípulas en la famosa isla de Lesbos.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

RAICES BIOLOGICAS DE LA HOMOSEXUALIDAD

Los fenómenos de la vida embrionaria.—La teoría de la herencia.—Característica fundamental de la homosexualidad.—Influencia del hermafroditismo.—Teoría de la formación de la mujer.—Estados intersexuales. ¿Dónde está la anormalidad? — El ambiente. — El desarrollo infantil.—Homosexualidad en la infancia. Expresio nes más frecuentes. — La homosexualidad en los colegios.—La teoría de los endocrinólogos.—El origen es desconocido 9

LA HOMOSEXUALIDAD EN EL HOMBRE

Los signos exteriores de la homosexualidad.—Contrastes notables.—Imposibilidad del diagnóstico.—Características de los afeminados.—Infantilismo genital.—Inversión por la castración.—Uranistas viriles y afeminados.—Son más inteligentes que los normales.—Psicología de la homosexualidad.—Su actitud frente a la mujer.—Los efebos —Métodos de satisfacción.—Moral del invertido.—Disculpa de la homosexualidad 27

LA HOMOSEXUALIDAD EN LA MUJER

Diferencias esenciales con el hombre.—Tipos de homosexuales.—La violencia de sus pasiones.—En las mujeres españolas.—Matrimonios entre tribadas.—El crimen y el suicidio por amor homosexual.—Bases psicológicas.—Perversión entre las prostitutas.—La inversión congénita es poco frecuente.—Influencias que la determinan.—Esencias de feminidad.—La invertida congénita pasiva.—Su actitud erótica.—Contrastes intelectuales y sociales 43

Páginas

VARIEDADES DE LA HOMOSEXUALIDAD

Entre los antiguos egipcios.—Atenienses célebres.—Predominio de la homosexualidad en las castas guerreras.—Contra la natalidad.—Las costumbres de los griegos.—Amor socrático.—Las mujeres de la Isla de Lesbos.—La «paidofilia».—El vicio de los Emperadores romanos.—Actitud de las damas romanas.—En la Edad Media.—Las lesbianas de los tiempos de Luis XVI.—Sus estatutos.—El vicio organizado en París y Berlín.—En otros países 57

LOS SENTIDOS Y SUS PERVERSIONES

La influencia de los olores.—El ajo, la cebolla y el vino.—Los aromas orientales.—La sugestión.—El gusto.—Los grados extremos de la degeneración gustativa.—Diferencias entre el olor y el sabor de las secreciones humanas.—La belleza para el homosexual.—Las formas de los órganos sexuales.—Perversiones del oído.—Su mayor frecuencia en las mujeres.—La belleza de la piel.—Atracción del vello. ... 69

EL FALSO HOMOSEXUALISMO

Cómo se adquiere la homosexualidad en los primeros años.—La base congénita de la bisexualidad.—Influencias de la sugestión.—El afán de variación.—Perversión por contagio.—¿Quiénes son seducidos? Los desengañados del amor normal. — El contagio del sexo.—El hombre entre mujeres y la mujer entre hombres.—Diferencias de la actividad homosexual.—El falso hermafroditismo.—Las mujeres que viven como hombres.—Un caso 79

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Indeferencia sexual 33

LAMINA II
Mujer homosexual 34

LAMINA III
Prostitución homosexual 48

LAMINA IV
Falso hermafroditismo. 49